

LA MODA



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONCLUSION.)

XXXI.

LA DICHA EN LA TIERRA.

Poco despues de haberse perdido en la distancia el ruido del carruaje de Clotilde, paró á la puerta el de su esposo.

Como de costumbre se dirigió este al aposento de su mujer para ver á sus hijos.

No imitaba Clotilde en la manera de cumplir con sus deberes de madre ni á la mayor parte de las damas del gran tono ni á muchas otras que pertenecen á una clase menos elevada: cada uno de sus hijos tenia para su cuidado una nodriza y una criada de edad madura: mas estas mujeres solo desempeñaban con los niños cuidados materiales y aun estos bajo la inmediata inspeccion de la condesa.

Durante el dia y excepto las horas en que sus ocupaciones y las exigencias de la sociedad á que pertenecía, le impedían rodearse de sus hijos, permanecía siempre con ellos: no pudiendo negarse á recibir á ciertas gentes habia creído que ellos eran la mas santa, mas segura y mejor compañía para una madre de veinte años.

En las dos visitas particulares que le habia hecho Fernando de Silva y á las cuales no habia querido negarse, calculando y con razon que no era este el medio mejor de demostrarle indiferencia, le habia recibido en el saloncito en que ahora la hemos visto, rodeada de los niños: dos veces, durante aquellas breves conferencias trató Fernando de hacer revivir en su alma los dulces recuerdos de lo pasado: Clotilde guardaba para sus largos ratos de soledad su lucha y sus lágrimas y respondia solo á

JULIO.

Fernando mostrándole á sus hijos que jugueteaban á sus piés.

—Soy madre: no profaneis con culpables palabras el aire que respiran mis hijos.

De este modo y sin mas esfuerzos ahogó la condesa el culpable amor de aquel hombre, convirtiendo poco á poco en una estimacion respetuosa y sincera los conatos de una pasion fatal.

El conde habia podido persuadirse de esta verdad que tan consoladora debia ser para su alma herida por los celos de un orgullo exaltado y cruel; por mas que él hubiera dicho á Clotilde en el rapto de su dolor que la abandonaba á sí propia y que todas sus acciones le eran indiferentes, mentíase á sí mismo, pues desde luego siguió con ávidos ojos todas las acciones de su mujer.

La conducta de Clotilde, llena de una dignidad tranquila y reposada, le irritó dolorosamente en un principio, porque su valor le demostraba el exceso de su dureza y la injusticia con que la habia tratado; mas poco á poco la benéfica influencia de su virtud fué desterrando del alma del obcecado esposo las acres emociones de los celos y las amarguras de un imaginado desengaño.

Aun guardaba una esperanza baja y vengativa: la de enamorarse de otra mujer y resistir así el encanto de Clotilde; mas en vano buscó entre las damas del gran tono alguna que, con sus gracias, le hiciera olvidar su invencible amor: la imagen de su esposa, presente sin cesar á sus ojos, hacia palidecer con desventaja á todas las demás imágenes, por bellas que fuesen.

Creyó mas tarde hallar en otra clase y en emociones mas groseras el infeliz desencanto que con tanta ansia buscaba; pero bien pronto se hastió convenciéndose de que buscaba un imposible.

Blanca de Valdés fué la última víctima de su exasperacion: en su tenacidad por encontrar lo que Dios, por su infinita bondad, rehusaba darle, se ha visto con cuan atrevida dureza la trató: quizá aquella niña era la sola criatura capaz en el mundo de hacerle olvidar á Clotilde: la virginidad y frescura de sus sensaciones hubieran sido para el conde un encanto poderoso y quizá irresistible; mas al ver lo que sufría se revelaron sus nobles sentimientos y la compadeció profundamente.

Esta fué su última tentativa para buscar otro

amor: y desengañado al fin de que no podía encontrarle, su corazón se volvió hacia su esposa y hacia la vida doméstica.

Avergonzado del lance ocurrido con Blanca, no creyó rebajarse dando una satisfacción de él al coronel que se había manifestado tan decidido protector de la joven: viole triste y preocupado y comprendió que la amaba.

Sin embargo, su orgullo no le había permitido aun mostrarse de nuevo afectuoso con su mujer: todas las tardes, al entrar en la habitación de Clotilde para buscar á sus hijos, dirigía á esta algunas palabras corteses y frías y luego se entregaba enteramente á sus juegos y á sus caricias.

Al entrar en la tarde, de que nos venimos ocupando, su primera mirada fué para buscar á Clotilde: luego vió al príncipe y se sonrió amistosamente.

Los dos niños se asieron á su levita gritando á un tiempo con su gerga infantil:

—Papá, papá! No está mamá!.. Se ha ido!..

—¿Dónde anda Clotilde? preguntó el conde poniendo á los niños sobre sus rodillas.

—Ha salido, contestó el príncipe: ha salido á ruegos míos, pero vá á volver.

—Le habeis encargado alguna compra?.. pero, querido, ¿qué es lo que teneis? me parece que estais muy agitado!..

—Amigo mío; exclamó Honorio; Clotilde está decidiendo en este instante de mi suerte!

—Clotilde, ¿qué quereis decir?

—Ya lo sabreis cuando vuelva! Por ahora, permitidme callar en cuanto á lo que me concierne y que os pregunte: ¿por qué desperdiciáis esta dicha doméstica que tan escasa es en la tierra y que con tanto afán busco yo?

—Ya no la huyo, Honorio; contestó el conde algo confuso: no, no la huyo: es ella... ella la indiferente á mí y á mi cariño!

—Augusto, lo que decís es tan frío y tan egoísta que no puedo creer salga de vuestro corazón por mas que lo pronuncien vuestros labios: razonemos en tanto que vuelve Clotilde y ¡ojalá al traerme ella mi dicha pueda yo darle la seguridad de la suya!

—No os comprendo, amigo mío!

—Pensais, Augusto, que el corazón de la mujer es invulnerable? Creéis que Clotilde, despues de los insultos con que la atormentásteis y que sufrió con tanta paciencia y sumision, ha de pedir os aun perdón?

—No pretendo que se me humille; ¿pero no puede comprender que me humillo yo al entrar en su habitación?

—¿Por qué ha de comprender eso? ¿No tiene su conciencia pura? ¿Qué honor le dispensais entrando en su cuarto? Yo creo mas bien que ella os le dispensa al recibir os.

—Severo estais, repuso el conde pensativo; ¿pero no puede comprender, cuando abrazo á sus hijos que creo en su virtud? ¿No le dije en medio de mi exasperación que renegaba de ellos? Y no es confesarme tácitamente arrepentido el venir á buscarlos? Oh! Si la viérais helada, silenciosa é impasi-

ble, sin levantar los ojos de su labor ó de su libro mientras permanezco aquí!..

—¿Os contesta con dureza cuando le hablais?

—No: acaso conoce ella la dureza?

—Entonces ¿de qué os quejais, conde? una mujer buena necesita algo mas que demostraciones mudas de que se la estima: una mujer ofendida necesita pruebas de arrepentimiento: visteis á Clotilde suplicando mientras creyó que su amor podía convencer os; pero la anunciásteis que ibais á emprender una vida azarosa y desenfrenada y habeis cumplido vuestra promesa: ha tenido noticia de vuestras escandalosas aventuras, de vuestras noches de orgía: al saber que iba á ver á las señoritas Valdés, le digisteis que amábais con ceguedad á la mas joven y ella debia hacer lo que ha hecho; aparecer á vuestros ojos indiferente y digna con toda la severidad compatible con su dulce carácter; despues ha ido todos los dias á ver á esas jóvenes y habrá sabido vuestros insultos á la pobre Blanca... Augusto, creedme; mucho teneis que hacer para que vuestra esposa os perdone.

—Decís que vá todos los dias á ver á esas jóvenes?

—De su casa viene ahora, dijo el príncipe haciendo notar al esposo de Clotilde el rumor de un carruaje que se acercaba.

Augusto alzó los ojos hacia su amigo y se sobresaltó al advertir la alteración de sus facciones: habíase levantado Cellemare y se apoyaba con la mano trémula en el respaldo de su sillón.

—Sosegaos, por Dios! exclamó el conde. ¿Qué nueva es esa que debe traer os Clotilde?

El príncipe pronunció algunas palabras ininteligibles y ahogadas por el exceso de su emoción, al mismo tiempo que Clotilde abrió de golpe la puerta.

—Albricias! Albricias! gritó desde el umbral y tendiendo sus dos manos al príncipe. Ofelia es vuestra!

El príncipe dió un grito de gozo: asió aquellas manos que le enviaban la ventura y las besó transportado, dejándose caer despues en un sillón, mientras que Clotilde, pareciendo reparar por vez primera en su esposo, le saludaba con amable indiferencia.

XXXII.

LAS PETICIONES.

Permitidme, mis queridos lectores, que os refiera lo ocurrido en casa de las señoritas Valdés durante la visita de la condesa.

Al entrar esta en la mísera boardilla del señor Martin, ocupada por las jóvenes, un cuadro muy extraño se ofreció á sus ojos.

En un lado se hallaba sentada Ofelia teniendo en la falda una carta abierta: á sus piés y sentada en un taburetillo de enneas estaba Blanca con las manos entre las de su hermana, á quien miraba con ternura, en tanto que ella le hablaba en voz baja.

Algo mas lejos se veia á María teniendo en sus brazos á la niña Septimia, la cual saltaba alegre-

mente, recobrada ya, sonrosada y ostentando esa encantadora robustez de los niños.

En frente de este grupo, sentado y pálido aun y enflaquecido se hallaba Fernando de Silva, contemplando embelesado á María que se parecía á la *Virgen de la Silla*.

Malvina cosía en la cocina.

Al ver entrar á la condesa levantóse Fernando y saludó á las jóvenes.

—Ya os vais, señor Silva? preguntó cándidamente Ofelia.

—Sí, señorita, contestó Fernando: bien sabeis que es esta la tercera vez que salgo de mi casa despues de mi enfermedad y me siento en extremo fatigado.

—Permitidme, pues, antes de retiraros, que os presente á la señora condesa de D... nuestra bienhechora; añadió la jóven que se habia levantado para saludar á Clotilde señalando á esta encantadora dignidad.

—Conozco á la condesa; contestó Silva inclinándose con respeto; y luego añadió: señora, ved si podeis lograr de vuestro esposo que os acompañe aquí dentro de tres meses á contar desde hoy.

Silva, despues de pronunciar estas palabras, saludó á las jóvenes, abrazó á su hija, inclinóse delante de la condesa y desapareció.

—Este pobre padre, dijo Ofelia, ha venido, no bien le ha sido posible, en busca de su hija.

—Nada podia hacer mejor para manifestaros su gratitud por la generosidad que habeis usado con esta desgraciada criatura, contestó la condesa: cuando me la referisteis quedé yo misma absorta de tanta nobleza y abnegacion.

—¡Ah, señora! Tenemos una buena noticia que daros, dijo Ofelia, mostrando á Clotilde la carta que tenia en la mano: ved lo que me escriben.

Clotilde tomó la carta y leyó lo que sigue:

"El coronel Eduardo Velez saluda á la señorita Ofelia de Valdés y tiene el honor de pedirle la mano de su hermana la señorita Blanca y al mismo tiempo permiso para pasar á ofrecerles sus respetos."

—¡Oh, Dios justo! exclamó la condesa alzando al cielo sus ojos en los que brillaba un júbilo sublime. ¡Oh, Dios mio! tú eres siempre el protector de la inocencia!

En seguida se acercó á Blanca, que ocultaba su semblante en el hombro de María, tomó sus manos y murmuró en voz baja y tiernísima:

—¡Hija mia, no rehuséis ser feliz!

—Señora, contestó Blanca alzando su encantadora cabeza y mostrando sus mejillas cubiertas de carmin: señora, ese hombre es el que me sacó de aquella casa infame... librándome...

Calló confusa y palideciendo ante aquel horrible recuerdo.

—Librándoos de las persecuciones de mi marido, sí, sí: lo sé, pobre niña y esto basta para que le ameis! Contestad, Ofelia, prosiguió volviéndose á la jóven.

Esta se acercó á la mesita y se puso á escribir en tanto que María abrazaba á Blanca que habia vuelto á su bordado.

Encantador era el aspecto que presentaba aquella habitacion tan pobre: las cuatro mujeres reunidas en ella se asemejaban á cuatro ángeles por su juventud y su hermosura y la belleza de sus almas.

Los últimos rayos del sol de aquella hermosa tarde de marzo acariciaban el jardinillo plantado en el tejado por el señor Martin y cuidado con tanto esmero por la señora Antonia.

Las yerbas de olor se habian vestido de copudas hojas y en algunas de sus apiñadas ramas brillaba como un diamante una gota de agua, caída del pico de un pajarillo, encerrado en una jaula de cañas que habia en la ventana.

Todo parecia allí risueño, alegre, vivificante: todo tenia un perfume de poesía y de dulzura imposible de describir.

El gran lecho con el cobertor de indiana, las blancas sábanas, y las nevadas almohadas; la mesita con su tapete de tela de flores con franja blanca; el magnífico crucifijo de yeso; las limpias sillas de pino; todo, en fin, tenia una belleza particular y santa.

Ofelia terminó su carta y dijo levantándose:

—Mira, Blanca, lo que he contestado al coronel y dime si estás conforme: vedlo vos tambien, señora, y decidme si lo aprobais.

Blanca tomó la carta y la dió á la condesa antes de verla: esta leyó en voz alta:

"Señor coronel: ante todo dejadme que os dé gracias con la efusion de mi alma por el honor que dispensais á mi hermana y qué, apesar de las calumnias con que se ha querido empañar nuestra reputacion, os juro que merece.

"Ahora debo deciros que Blanca guarda de vos un tierno y agradecido recuerdo: mas no debe bastaros esto como garantia de vuestra felicidad futura, pues que mi hermana no ha conocido ningun hombre con quien pueda compararos.

"Venid, pues, á que os ame: venid, si no os espanta una pobre boardilla á ver como trabaja mi hermana para ganar honradamente su sustento; y cuando esteis convencido de su amor y la inspireis un sentimiento profundo y durable será vuestra su mano.

"Hoy podeis disponer de toda su consideracion y gratitud, así como de la de su hermana

"OFELIA."

—Solo vos podiais escribir esta carta tan noble, amiga mia; dijo la condesa abrazando á la jóven: dádmela, que yo la haré llegar á su destino; y ahora dejad que os explique el objeto de mi venida.

Ofelia, el príncipe de Cellemare me ha encargado que os pida en su nombre vuestra mano.

Palideció Ofelia: mas de una vez habia visto entre sueños la noble, grave y dulce figura del príncipe.

—No me respondeis? dijo sorprendida la condesa.

—Señora, repuso la jóven dominando su sorpresa y sin manifestar alegría ó admiracion: señora, repetidle lo que acabo de escribir al coronel: que

necesito tiempo para amarle; pero, como el príncipe entró en nuestra casa haciéndonos una ofensa, os ruego que le digais algo mas: decidle que nos hemos puesto voluntariamente bajo la tutela del anciano zapatero del portal y que solo en su presencia ó en la de su honrada esposa podrá verme.

—Ofelia, eso ya es demasiado orgullo; dijo tristemente la condesa: no sabeis lo que vale el príncipe.

—Por lo mismo que vale mucho debo yo elevarme hasta su altura; señora, mi resolución es irrevocable.

La condesa salió sin esperar mas: cuando llegó á su casa y despues de dar al príncipe las primeras seguridades de su dicha añadió:

—Esta tarde os escribiré detalladamente cuanto ha ocurrido y desde esta noche podeis verla.

Trastornáronse las facciones del conde: su esposa tenia secretos para él! Esta penosa idea iba unida al temor de perder su cariño y le destrozaba el corazón.

Los periódicos del día siguiente dieron á luz estas líneas:

"Anoche uno de los guardas del canal se encontró el cadáver de una mujer jóven y bien parecida.

"La infeliz quiso suicidarse y quedó asida á unos arbustos de la orilla por el traje; pero la sacaron privada de la existencia.

"Estaba pobremente vestida de negro y en su ropa blanca interior se ha encontrado marcado con todas sus letras el nombre de PAULINA."

XXXIII.

FELICIDAD.

Tres meses pasan muy pronto para el que vé la esperanza de un porvenir risueño, ó para los que viven en el seno de la dicha.

Corrieron, pues, velozmente para el príncipe de Cellemare y para el coronel; mucho mas lentos para Clotilde, su esposo y Silva, y eternos para el marqués de la Oliva que, encerrado en su casa, solo salía de sus furiosos accesos de locura para caer en una sombra y amarga desesperacion.

—¡Y qué! se decia: ¿soy yo aquel hombre lleno de fuerza, de vida y de talento? aquel hombre á quien brindaba tan poco hace la fortuna con todos sus dones y el mundo con todos sus homenajes? Este pobre ser mutilado ha perdido su fuerza moral y física, apaleado por la mano de un ruído zapatero!.. Soy yo aquel que se burlaba del género humano y para el cual no habia mujer que se resistiese ni empresa que no lograrse? ¿Qué demonio vengativo ha desencadenado el infierno contra mí? ¡Ah! Ya lo veo!.. Es una mujer rubia y hermosa como una vírgen de Murillo!.. Es quizá la única mujer, hácia la cual he sentido un verdadero amor, muy distinto de esos caprichos que las demás mujeres, inclusa Clotilde, me han inspirado!.. Ah! Pero vedla!.. Tiene cara de ángel y es un demonio que ha tomado forma para seducir-

me mejor!.. Llevadme lejos... lejos... muy lejos de ella!..

Retorcíase el desgraciado jóven entre convulsiones horribles y caía en sus espantosos accesos de demencia.

En vano se consultaron los médicos mas famosos: todos declararon que aquel cerebro estaba corroido, abrasado por una desesperacion sin cura.

El desgraciado huía con espanto de todo cuanto le recordaba su pasión por María Valdés: la primera vez que Antonio el Curro, á quien, como saben mis lectores habia colmado de pruebas de generosidad cuando le informaba de todo lo que concernía á las huérfanas, la primera vez que le vió, digo, empezó á lanzar tan terribles gritos, que Antonio huyó horrorizado de su casa y no volvió á parecer por ella.

Ofelia y sus hermanas fueron enteradas delo ocurrido por el señor Martin, y luego supieron el deplorable estado en que se hallaba el marqués por la condesa.

Un día que esta habia ido, segun su costumbre, á ver á las señoritas Valdés durante las primeras horas de la mañana, vió á Rosa que habia ido á llevarlas flores frescas y á ver como lo pasaba su niña, pues así llamaba á la hija de Silva.

—Rosa ¿cuándo te casarás? le preguntó la condesa.

—Ah, señora! contestó la jóven: necesitamos Curro y yo reunir cien duros para arreglar nuestra casita y poner yo un buen puesto de flores.

—¿Cuántos tienes ya reunidos?

—Muy pocos, señora; no llegan á veinte.

—Rosa podia tener mucho mas dinero, repuso Blanca, á cuyos ojos asomó una lágrima, sin su generosidad para con nosotras.

—Rosa, dijo la condesa mientras la vendedora de flores se apresuraba á cambiar de conversacion: ven mañana temprano á verme y te daré lo que te falta para que te cases en seguida.

La jóven no pareció comprender al pronto las palabras de Clotilde, pero cuando esta las repitió dió un grito de alegría y se arrojó á sus piés besándole las manos con transporte.

Al día siguiente fué Rosa á casa de Clotilde y recibió de su mano ochenta y cuatro hermosas piezas de plata de valor de veinte reales cada una en un lindo bolsillo de seda carmesí.

Rosa corrió á buscar á Curro y ambos volvieron á ver á la condesa á casa de las huérfanas, donde repitieron los extremos de su gratitud.

¿Qué hacían entretanto el príncipe de Cellemare y el coronel? Ah! Ellos solos pudieran decir la dicha que puede contener una mísera boardilla! Allí, en aquel pobre cuartito, cuyo único lujo eran los frescos ramos que cada día llevaba Rosa y cuyas solas galas eran la belleza y la inocencia de sus preciosas habitadoras, conocieron ambos la verdadera, la única felicidad.

Ofelia habia rogado al príncipe y al coronel que solo fuesen á verlas durante las horas de la velada, por ser estas las únicas en que sus ancianos huéspedes podian acompañarlas.

Espiraba Junio: la señora Antonia abría la ventana del jardinillo por las noches y el fresco aroma de las plantas embalsamaba la pobre habitación.

Ofelia, María y Blanca, vestidas con batas blancas de muselina, sujetas con cinturones azules, trabajaban á la luz de un quinqué, regalo de Clotilde, colocadas en torno de su velador, que habia subido de su habitación el señor Martin para que trabajasen con mas comodidad.

Inmediata á María y en una linda cunita de mimbres blancos, dormía Septimia: si por acaso se movía, la jóven empujaba la cuna con su piececillo y sin soltar la labor la mecía con suavidad.

En frente de este grupo encantador y contemplándole absortos se sentaban Honorio y el coronel: la hermandad de su amor les habia hecho hermanos de corazón.

Ambos leían en voz alta, alternando entre sí, para hacer mas llevaderas á las jóvenes las horas de su trabajo.

De vez en cuando una observacion de las oyentes interrumpía al lector: las pobres niñas nada sabían; nada mas que ser buenas; y no se avergonzaban de pedir al amor que ilustrase su entendimiento.

Junto á la mesilla que sostenía la celda en miniatura de Santa Teresa, se sentaban la señora Antonia, el señor Martin y Malvina: el anciano leía la vida del santo del día en el *Año cristiano* que le prestaban las religiosas de cuyo convento era mandadera su esposa: hasta entónces habia trabajado por la noche en sus zapatos; pero ahora decia que trabajar en labor tan ruidosa delante de las señoritas y de los señores era faltarles al respeto é incomodarles no dejándoles leer.

La señora Antonia hacia calceta y Malvina cosía.

Fernando de Silva pasaba tambien las primeras horas de la velada con las jóvenes, y muchas veces Clotilde venia ya muy tarde; no queria encontrarse con Fernando, aunque sobrado conocía el actual estado de su corazón.

¿Para qué he de repetir yo lo que pasó durante tres meses en *El nido de palomas*? Aquellos de mis lectores que hayan amado adivinarán fácilmente las sensaciones de mis héroes y la ventura que disfrutaron.

El conde D... no era tan feliz: en vano procuraba por todos los medios posibles hacer comprender á Clotilde que la amaba como antes: la jóven tan perspicaz siempre en materias del corazón, parecia no conocer el del conde.

Siempre suave é igual, habia dejado de ser apasionada: si le hablaba su esposo respondía con dulzura, pero con laconismo, y el conde no podia equivocar lo que no era mas que cortesía con la pasión de que antes habia sido objeto.

Un día, en la mesa, le dirigió Clotilde algunas palabras que hicieron saltar su corazón de gozo.

—¿Quereis acompañarme esta noche? le preguntó.

—Podeis dudarlo? se apresuró á contestar el conde sin preguntarla á donde iba.

—Estad, pues, dispuesto para las nueve, dijo Clotilde levantándose de la mesa y pasando á su cuarto donde tomaba el café sola, sin que el conde hubiera logrado penetrar en él ni una vez desde hacia cuatro meses.

A las nueve subieron á un carruaje muy sencillo sin que la condesa diese las señas del sitio á donde debían conducirles.

Durante el camino la jóven guardó silencio; mas su esposo, cuyo corazón reventaba en el pecho, la tomó una vez la mano murmurando con indecible y suplicante ternura:

—Clotilde...

—¿Qué quereis, *amigo mio*? contestó la jóven con dulce pero glacial sonrisa.

La palabra espiró en los labios de Augusto que soltó la mano de su esposa y bajó la cabeza tristemente.

Llegaron, por fin, á la calle de San Bernardino y el cochero detuvo el carruaje en frente de la casa señalada con el número tres.

Palideció el conde ante la idea de que iba á ver á Blanca, avergonzado con el recuerdo de su criminal tentativa; mas una mirada de su mujer á la cual creía ignorante de cuanto habia ocurrido, le decidió á seguirla, temiendo ante todo infundirla sospechas.

Cuando entraron en la boardilla, hallábanse en ella todas las personas que componían la reunion que ya conocemos.

Fernando de Silva, sentado junto á María, la miraba con una espresion inequívoca de ternura entusiasta y reconocida.

Su salud, tan decaída antes, parecia haberse recobrado por completo; vestía aun de riguroso luto y sus graciosas y delicadas facciones habian adquirido un tinte de tranquilidad que jamás habian ostentado.

El conde se apresuró á alargarle la mano despues que el príncipe y el coronel estrecharon las suyas.

—Condesa, dijo Silva levantándose con cierta espresion solemne: os rogué que viniéseis hoy acompañada de vuestro esposo, á fin de que ambos pidais para mí la mano de la señorita María.

Palideció densamente ésta al escuchar estas palabras y en seguida se cubrió su rostro de un rosado rubor.

El conde estrechó de nuevo la mano de Silva.

—Gracias, le dijo: teneis un noble corazón.

—Si es así, mi nobleza es obra de María, repuso Fernando: el influjo de su virtud ha extinguido las bramadoras pasiones que se agitaban en mi seno: su suavidad ha refrescado mi corazón; su pureza ha refrigerado mi alma. Rogadle, pues, conde, que no abandone su obra, si no quiere que la destruya la desesperacion.

—Señorita, dijo el conde: ¿quereis dar vuestra mano á mi amigo?

María clavó en su hermana una tímida mirada.

—Yo confiaré de buena gana la felicidad de toda tu vida al señor Silva, hermana mia, dijo Ofelia.

—No abandoneis á mi hija, María! añadió Fernando juntando las manos con suplicante ademán:

es vuestra tambien, puesto que la habeis salvado la vida, sacándola del abandono en que yacía: su salvacion y la mia son obra vuestra, y no es posible ya que querais separaros de nosotros!

Una lágrima de enternecimiento rodó por las mejillas de la jóven, que alargó su diestra á Fernando con un movimiento encantador de rubor y dignidad.

—Gracias, María! exclamó Silva besando apasionadamente aquella mano: ahora, añadió, escuchad una confesion que debo haceros para vuestra felicidad y que no importa que escuchen todas las personas aquí presentes porque las almas nobles se comprenden.

Yo, continuó Fernando, no he amado verdaderamente en el mundo, mas que á vos: unime á otra mujer con eternos lazos por que así lo exigieron las conveniencias sociales y mi familia: la madre de mi hija era buena; pero no era la mujer capaz de llenar mi corazon y mis aspiraciones; en tanto que estuve unido á ella creí amar á otras mujeres: así, pues, que no os sea dolorosa ó importuna su memoria: jamás volverá á nombrarse entre nosotros: las cenizas de los muertos son sagradas y no seré yo quien las revuelva!

María, que no os traiga mi hija ningun recuerdo doloroso, al menos; por lo virgen que habeis hallado el corazon de su padre; por mi parte, si su vista os hace daño, yo la separaré para siempre de vos; mas para eso es preciso que la separe tambien de mí, porque yo no puedo vivir mas que á vuestro lado!

Inclínose María hácia la cuna y tomó á Septimia entre sus brazos.

—Yo seré para ella la madre que ha perdido; dijo con dulce voz.

¡Promesa heroica! Su cumplimiento es el sacrificio mas inmenso que puede hacer la mujer!

—Ofelia, dijo la condesa; Blanca, ya es tiempo de que hagais dichosos á nuestros amigos y de que lo seais vosotras tambien. Silva necesita casarse en seguida ¿quereis, ya que tanto os amais, casaros las tres en un mismo dia?

—Como vos lo dispongais, señora, dijo Ofelia con su tierna sonrisa.

—Me perdonais, Blanca? preguntó el conde en voz baja á la jóven.

—La condesa, nuestra bienhechora, ha rescatao vuestra culpa, contestó risueña la niña.

XXXIV.

LAS BODAS.

Quince dias despues de estos acontecimientos un inmenso gentío se apiñaba en la solitaria calle de San Bernardino presentando un espectáculo muy extraño.

Delante de la casa número tres se estendia una triple hilera de carruages, ocupados por la mas alta nobleza: cuatro carretelas descubiertas, tiradas por soberbios caballos, se destacaban de los demás carruages por su riqueza y suntuosidad: dos de

ellas estaban forradas de raso blanco y los tiros eran de caballos blancos tambien: los lacayos lucian la librea color de perla galoneada de oro del príncipe de Cellemare.

Las otras dos carretelas estaban forradas de raso azul y los caballos eran bayos: la servidumbre vestia la librea azul galoneada de plata de la opulenta casa de Silva, una de las mas nobles y ricas del hermoso reino de Valencia.

Aun se veian otras dos carretelas llenas de jefes militares, forradas de brocatel verde y tiradas por hermosos caballos negros: los criados ostentaban la librea verde con galones oro y carmesí del marqués Eduardo Velez y sus hermosos y antiguos escudos de armas.

Los demás coches, todos de la alta nobleza, lucian los trenes y servidumbre de las respectivas casas á que pertenecian.

Acababan de dar las siete de la tarde cuando aparecieron en el umbral de la pobre casita, los condes D.... seguidos de las señoritas Valdés, del príncipe de Cellemare, de Fernando de Silva y del coronel.

Las tres hermanas llevaban vestidos de gasa blanca recojidos con ramos de jazmines y velos blancos con grupos de azahar entre sus hermosos cabellos.

La condesa habia querido que el triunfo de aquellas pobres criaturas, tan perseguidas, tan abatidas, tan calumniadas, tuviese lugar en su mismo casto nido, tan pérfidamente infamado por el marqués de la Oliva.

La estremada sencillez de sus trages realzaba admirablemente su peregrina belleza, y cuando las divisaron los circunstantes se oyó un prolongado murmullo de admiracion y de entusiasmo.

La condesa subió á una de las carretelas blancas con María, y el conde y Silva se colocaron en frente de ellas.

Una de las azules fué ocupada por Ofelia, Blanca, el príncipe y el coronel.

En las demás se acomodaron los testigos y convidados.

En seguida se puso en marcha la comitiva.

Los novios, por una concesion especial, debian ser desposados en la Colegiata de S. Isidro por el venerable Patriarca de las Indias.

Al pasar por la calle de la Montera se oyó una carcajada seca y estridente, que no pudo ahogar del todo el ruido de los carruages, en un balcon del piso principal de una suntuosa casa.

María y Clotilde, cuyo coche pasaba á la sazón por debajo, levantaron la cabeza y vieron con profundo horror un espectro sin piernas, con los cabellos erizados y los ojos encendidos y delirantes, que luchaba á brazo partido con algunos hombres que trataban de separarle del balcon.

—No, no!... gritaba con ronca voz: dejadme.... quiero verla!... ahí va!... va á casarse!... lleva la diadema de novia!.. miradla!.. miradla!..

Al decir estas palabras el desgraciado no separaba la vista de María, que casi desmayada, ocultó su rostro en el seno de la condesa.

Cuando volvieron á pasar de vuelta de la iglesia, el desgraciado loco estaba ya maniatado y metido en un coche de camino que debia conducirle á Leganes

Algunos dias despues los príncipes de Cellemare, los señores de Silva, los marqueses de Velez, la niña Septimia con su aya y los condes D... con sus hijos, salieron de Madrid con un hermoso tren de viaje para el palacio de verano que los príncipes poseían en Verona.

Durante el camino venció al conde su orgullo hasta pedir perdon á Clotilde, cuya indiferencia le era imposible soportar por mas tiempo.

—Te perdono, respondió la generosa jóven, porque tu injusticia te ha hecho sufrir tanto como á mí

¿Se estinguió de golpe la afeccion que Clotilde profesaba á Silva? No me atreveré yo á asegurarlo: lo que sí puedo afirmar es que la de este murió para siempre.

Es indudable tambien que Clotilde batallaria consigo misma: no vence fácilmente una alma como la suya los recuerdos de un primer amor; pero no hay pasion que se resista en el corazon de la mujer, cuando se la oponen las leyes de la honra, del deber y de la propia dignidad, ni hay mujer que merezca el glorioso renombre de buena si antes no ha luchado y vencido.

Malvina quedó durante el viaje de las cuatro familias, en compañía de Curro y de Rosa, quienes llegaron á ser absolutos propietarios de la habitacion ocupada antes por las huérfanas.

Cellemare habia comprado la casa donde habia estado *El nido de palomas* deseoso de que ninguna persona estraña le profanase con su presencia y habia encomendado su cuidado á la buena Rosa y á su esposo.

Silva y el príncipe señalaron al señor Martin y á la señora Antonia una renta vitalicia de diez mil reales anuales, y el marqués Velez que, al casarse con Blanca, habia renunciado á su carrera militar, dotó á la angelical Malvina en dos mil duros que se entregaron á Antonio el Curro para que los hiciese producir con su inteligencia, honradez y laboriosidad.

Los ancianos esposos y el jóven matrimonio no formaban mas que una sola familia: la señora Antonia y el señor Martin amaban á Antonia y á Rosa como á sus hijos y á Malvina como á su nieta: esta, sobre todo, era objeto de su cariño y á duras penas conseguia Rosa que se la dejasen algun rato.

Rosa fué madre de dos niños que se criaron entre flores, pues su madre tenia un hermoso puesto en el Prado.

Malvina, á pesar de su figura, se casó con un hermano de Curro, ebanista de mucho mérito, que supo apreciar, como debia, las angelicales dotes de su compañera.

Rosa y Malvina cerraron los ojos del señor Martin y la señora Antonia: y fueron siempre modelos de felicidad y adhesion para sus generosos bienhechores.

FIN.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

TERCERA PARTE.

(CONTINUACION.)

—Pues bien, en ese caso voy á referir á V. S. la historia para que ella la juzgue segun su claro entendimiento... ni la señora condesa ni yo tenemos secreto para V. S. pero hay ocasiones en que es preciso escoger entre dos males.

Y Joaquina refirió toda la historia de su hermana, de su ceguera y de lo que habia pasado con la muchacha en presencia de monseñor.

—V. S. conoce mejor que yo, que para un alma de piel de diablo como la de mi sobrina, era muy peligroso que fuese monseñor el mediador para con la señora condesa, y he preferido ser yo la que pidiese á mi señora favor tan señalado. ¿Comprende V. S. toda la delicadeza con que ha sido necesario manejar este asunto? ¡Ay señora mia! monseñor aunque disfrazado con la sotana, es al fin muy jóven, y sobre todo muy hermoso.

—¡Hermosísimo! repitió la mariscala cuyos ojos brillaron de gozo al recordar el rostro de su sobrino.

Pues precisamente ahí está el quid de la dificultad, señora; mi obligacion era la de alejar todo peligro, toda ocasion; porque estas gazmoñas que se dan á la mística tienen su alma en su almario como todas las demás... y en tanto que yo viva; ¡eso sí! la honra de esta real casa será para mí de mas valor que todos los bienes del mundo.

—¡Ah! Joaquina, exclamó con efusion la mariscala tendiéndola su mano cubierta de pedrerías, tú tienes derecho no solo á nuestros beneficios sino á nuestro cariño, á nuestra amistad... á nuestra gratitud, si nos es permitido espresarnos así... tú eres el tipo mas noble, mas generoso de todos los de tu clase y por eso tendrás siempre en mi corazon un lugar preferente, un lugar que ambicionaria para sí mi mas noble y mejor amigo. ¡Gracias, Joa-

quina, gracias; con todo nuestro poder seríamos muchas veces impotentes para velar por nuestra honra.

—Y por eso mismo, señora he prohibido desde hoy á mi sobrina que continúe dando su lección de escribir, porque como decía el difunto señor conde "para las hembras de cierta clase, la escritura no viene á ser mas que la escala de la perdición."

La Mariscala se esforzó en sonreírse, pero el vivo encarnado que arreboló sus mejillas, indicaba bien á las claras que aquel proverbio la hería de frente, como que había sido hecho para ella.

—Y en fin; continuó la Soberana sin apercibirse de aquella turbación, á fin de que aquel diablillo negro no se me desbante y me dege sola con los escarabajillos, la señora condesa que es tan buena, ha convenido conmigo en que sea yo la que á los ojos del mundo pase por la bienhechora de mi hermana... Cargo de conciencia, señora Mariscala, cargo de conciencia, pero ¿cómo lo habíamos de remediar? De esta manera, el agradecimiento hará que mi sobrina dependa de mí, que me sirva en lo poco que sabe y no se pervierta... porque de otro modo ¿quién sujetaba esa buena pieza el día que supiese que nada me debía? pero... no decía V. S. que estaba sola?

—¡Sola! repitió la mariscala mirando á todos lados.

—Hubiera jurado, señora, que oía temblar los cristales del gabinete... y aun el ruido de los manteos de escamilla del señor abate... ¡entonces sí que la habíamos acertado!

La mariscala se levantó precipitadamente y abrió con violencia la puerta del gabinete, en el mismo instante en que Rodrigo desaparecía por la puerta de escape.

—¡Nadie! dijo la Mariscala cerrando de nuevo las puertas y volviendo á su blasonado sitio.

—Y no crea V. S., dijo Joaquina mirando con recelo á todas partes, que monseñor ha dado motivo alguno para que yo me alarme por la honra de los Guzmanes... nada de eso, y libreme Dios de calumniar á un ángel del cielo que desde la vuelta de mi sobrina no ha puesto los pies en casa, á no ser para subir al cuarto del señor cura; pero la ocasión hace al ladrón y ¡ay! ¡ay! añadió la Soberana llevándose las manos á la frente.

La Mariscala á pesar de su elevada clase se inclinó hacia Joaquina para sostenerla.

—¡Me muero! ¡me muero! exclamó con voz sorda la Soberana que parecía próxima á desfallecer.

La Mariscala tiró del cordón de la campanilla y apareció corriendo la anciana camarera.

—¡Manzanilla! ¡una copa de manzanilla; gritó la señora; esto es sin duda algun ataque de histérico.

Joaquina hizo una señal afirmativa con la cabeza.

La Mariscala pasó á Joaquina la copa de manzanilla que aquella vació sin descansar.

—¡Bendita sea V. S. que me vuelve la vida; exclamó la Soberana abriendo los ojos y fijándolos en la señora con alegre sonrisa!.. ¡Un ataque histérico!.. ¡Un desfallecimiento como los que me dan

casi todas las noches desde que se me ha concluido aquel barrilito.

—¡Ay hija mia! dijo con acento dramático la Mariscala que recordaba en aquel momento el vicio que dominaba al nuevo paladín de su honra; ¿y por qué no me lo habías dicho?... ¡señora camarera! ¡señora camarera!

La señora Pepa que se alejaba en aquel momento con la copa vacía, volvió al instante.

—Haced llevar á casa de la señora maestra un barrilito de manzanilla, una castaña de anisete y un par de gallinas.

Joaquina dió un salto de alegría que estuvo á punto de hacerla caer del escabel deshaciéndose en espresiones de gratitud y bajas y aduladoras frases, que halagaban siempre á la señora Mariscala.

En aquel momento entró en el salón el señor cura, que venía en busca de Joaquina empuñando como de costumbre su descomunal paraguas de percal azul y ornado el rubicundo rostro con los célebres anteojos de similor.

El abate que le seguía á los pocos pasos entró silenciosamente y le cubrió los ojos con ambas manos en tanto que la señora Mariscala, se reía á carcajadas de ver á Don Mendo bufar y pugar por desasirse de las manos de monseñor.

—¡Bomba! ¡Bomba! gritó al fin el abate; apretándole los ojos cada vez mas.

—¡Cómo bomba! ¡pupuso el cura soplando y bufando.... ¡Copa! ¡Copa y un buen torrezno para limpiar la dentadura, monseñor!

—Copa y copa; repitió el Abate y sinó os encierro en la pajarera por tres ó cuatro horas.

—Sí, sí, á la pajarera; añadió ruidosamente la Mariscala. Copa y copa! copa y copa!

El cura luchó algunos momentos por desasirse de monseñor; pero viendo que eran inútiles sus esfuerzos, exclamó como haciendo un gran esfuerzo de imaginación:

"Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón;
la bella Inés, el jamón,
y berengenas con queso."

La Mariscala y Joaquina que no tenían noticia de que hubiese existido Baltasar de Alcázar, aplaudieron como nueva la redondilla, en tanto que monseñor admirado de la naturalidad con que D. Mendo plagiaba nuestros clásicos, aplaudía también, haciendo creer al inocente eclesiástico que había logrado engañar á todo un enciclopédista de los mas ilustrados.

Cuando el señor cura y la Soberana se despidieron de la Sra. Mariscala, percibieron en la meseta de la escalera al criado que los aguardaba cargado con el barrilito, la castaña del anisete y las gallinas.

Cediendo entonces á un arrebató de entusiasmo que no pudo reprimir, el señor cura se remangó los manteos, cojió al mozo el barrilito y las gallinas, y empezó á bajar la escalera con aire de triunfo.

—Ja! ja! ja! exclamaba la Mariscala desde lo alto de la escalera.

—Pues no han de ser las alas más negras que el cuervo; respondió Joaquina cojiendo á su vez la castaña y bajando las escaleras de dos en dos á fin de alcanzar al señor cura; y que Dios guarde la vida de V. S. muchos años para alivio de mis histéricos y flojedades.

El cura iba tan entusiasmado con su preciosa carga, que Joaquina no logró darle alcance hasta cerca de casa, donde D. Mendo hizo alto pensando en que no traía la llave.

La noche estaba bastante oscura, divisándose sin embargo en la oscuridad algunos grupos de vagos, que entonces como ahora, se reunían siempre en las esquinas de las plazuelas con el único objeto de matar el tiempo.

En el momento en que el señor cura hizo alto, las gallinas empezaron á cacarear luchando por escaparse de la robusta mano que las sujetaba.

En vano procuraba D. Mendo hacerlas callar, pues cuanto más se esforzaba, las gallinas redoblaban más y más su infernal cacareo.

Los vagos soltaron á reír á carcajadas, y conociendo al cura y á Joaquina empezaron á cantar protegidos por la oscuridad de la noche:

"El señor cura
por non dar un bollo,
arremangóse
y metió el pan en forno."

"El abad de la Redondela
si bien come, mejor cena."

Respondió el cura parodiando de nuevo á los autores clásicos y queriendo echarla de gracioso.

Pero los vagos cantaban más fuerte:

"Quitó los manteos,
quitó la sotana,
¡Ay, señor cura,
en qué andares anda!"

El señor cura temiendo ser aquella noche víctima de algun bromazo de mal género, emprendió á correr sin esperar más tiempo hácia la casa seguido de la Soberana y de los vagos que gritaban á una voz:

—El tauro! el tauro!

FIN DE LA TERCERA PARTE

DE CONTRA GULA TEMPLANZA.

JULIO.

CUARTA PARTE.

I.

LA SERENATA.

"Si viere que mucho hiela
andareme paseando,
so la luna canticando,
mi cayado por vihuela:
pasaré la noche en vela
platicando yo conmigo,
solo el cielo por testigo
y las aves del pinar.

JUAN DE LINANES."

En tanto que la Polvorosa pudo revender sus canastas de fruta y utilizar al menos su pobre desayuno que consistía invariablemente en frutas más ó menos podridas, en tanto que Pedro el Relumbrante pudo cojer en sus redes un solo pececillo, que partía cariñosamente con la pobre ciega, Elena creyó muy posible poder caminar al frente de aquella situación angustiosa es verdad; pero no completamente desesperada.

Más de una vez la jóven y espiritual pescadora se había profetizado á sí misma que aquella lucha concluiría infaliblemente por hacerla esposa de Pedro el Relumbrante, porque Elena comprendía muy bien que si al fin lograba sobreponerse á sus elevadas aspiraciones; si, cualquiera que fuese el motivo que á ello la impulsase, se encontraba un día esposa de un pobre pescador, su alma atesoraba la suficiente energía para aceptar como bueno su destino, y que la imperiosa voz del deber, rebajándola por decirlo así á sus propios ojos, la obligaría á ceñirse á la trabajosa é ignorada existencia que le había deparado el cielo.

Convencida por esa especie de presentimiento infalible que poseen todas las almas privilegiadas de que aquel espiritualismo pesaba sobre su destino futuro como una fatalidad, esforzabase la pobre niña en reprimir sus nobles deseos, en dominar su pensamiento que la elevaba siempre á regiones desconocidas, y en recordar incesantemente su infeliz situación, su miserable porvenir y su estremada y vergonzosa pobreza.

¡Vana esperanza! cuantos más esfuerzos hacia Elena por achicarse á sus propios ojos, más grandes eran sus aspiraciones, más elevado su pensamiento, más volcánica su imaginación, más vivo su entusiasmo por todo lo grande, por todo lo bello, por todo lo que se hallaba fuera del círculo de su miserable esfera.

La convocatoria de mar que arrancaba á Pedro de su pacífica é ignorada villa, había venido á destruir en un momento todo aquel plan en el que Elena cifraba como hemos dicho la única salvación, el único punto de apoyo que vislumbraba en su pobre y borrascoso porvenir.

Por doloroso que le hubiera parecido algunas ve-

ces el sacrificio de toda la poesía que Dios había encarnado en su alma; por terrible que fuese para ella la idea de confundirse entre las gaviotas de la playa cuyas costumbres eran incompatibles con su esquisita delicadeza, Elena no pudo menos de estremecerse al encontrarse completamente sola en un mundo para ella desconocido, donde no tendría ya en adelante una mano amiga que ofreciese un bocado de pan á la pobre ciega.

De repente levantó su arrogante cabeza que había inclinado tristemente sobre el pecho, y sus pupilas se dilataron despidiendo una luz vivísima.

—La enseñanza! exclamó con la alegría del avaro que recobra su tesoro; la enseñanza está ahí con sus sinsabores, con sus espinas, con su honrosa independencia.... Oh! en mi dolor me había olvidado de que aun puede haber en el mundo salvación para mí!

Pero aquella alegría duró muy poco. Elena se llevó la mano á la frente como herida por un doloroso recuerdo, y se abismó de nuevo en su sombría y profunda meditación.

La pobre jóven temblaba sin saber por qué á la idea de encontrarse por algunos años separada del pescador, y en aquel momento nada le parecía tan temible como la libertad de obrar segun el impulso de su imaginación exaltada.

Sin embargo, la idea de hacerse maestra, de poder existir sola sin rebajarse hasta las faenas materiales, le parecía tan hermosa, tan consoladora, que la nube que acababa de empañar su frente se disipó con la misma rapidez que se había formado.

—Madrina me vuelve traidoramente la espalda en mi camino, murmuró con amarga sonrisa; no importa. Yo la seguiré sola y venceré.... oh! sí, venceré!

Y Elena se propuso continuar sin descansar su aprendizaje de escritura para hacerse maestra, aunque para ello tuviese que abandonar á Candás, pues que su esquisita delicadeza no le permitía en manera alguna hacer frente al profesorado de la Soberana.

¿Pero cómo se proporcionaría Elena su cartapacio de badana y su pobre tinterito de asta?

Ay! la infeliz jóven nunca se había cerciorado tanto de la miseria que la rodeaba!

En vano tendió sus ojos en derredor de la alcoba buscando con la vista un objeto cualquiera que pudiese vender para comprar aquellos codiciados enseres; en la cuerda de cáñamo que atravesando la alcoba hacia las veces de percha, solo se veían las dos raidas mantas de lana con que en invierno se guarecían del frío, una basquiña vieja de Gumer-sinda y su mantilla de bayeta negra, remendada ya.

Como si quisiese engañarse á sí misma, Elena abrió aceleradamente el arca de encina que hacia de cofre, volviéndola á cerrar con una triste y dolorosa resignación.

En el fondo de aquel inmenso arcon guardaba la pobre Elena su mantilla de velillo, un pañuelito viejo de casimir negro, una camisa y dos pañuelillos blancos de algodón, entre los que se hallaba cuidadosamente envuelto un dorado membrillo, único perfume que le permitía su triste posición.

Al lado de aquellas pobres prendas que constituían todo su equipaje, veíanse en el fondo del arca un acerico bordado de lentejuela, una estampa del reloj de la pasión y diez ó doce cintas del Cristo de Candás y del Santo Sudario que se venera en la cámara santa de la catedral de Oviedo.

Sobre la mesita de la pequeña sala que precedía á la alcoba, no había mas objetos que una almohadilla de trapos, un devocionario y una viejecita de yeso de las que venden los italianos con el nombre de *Santi boni barati*.

En aquellas desnudas paredes destacábase tan solo una estampa del Cristo pegada á la pared con cuatro obleas de panal.

Desconsolada de no encontrar una sola prenda de que pudiese desprenderse, se puso de rodillas al pié de su cama á cuya cabecera había pegada también con obleas una estampa de la Virgen al pié de la cruz.

—¡Oh! señora y madre mia!; exclamó Elena elevando hácia la madre de los aflijidos su turbado corazón; no hay dolor que iguale á tu dolor; y yo sin embargo me aflijo y me anonado por una miserable contrariedad!... ¡ilumíname tú, madre de los aflijidos, en el solitario camino que voy cruzando, y dame las fuerzas que necesito para luchar sin descanso contra mi rebelde organización.

Elena pasó aquella noche en una inquietud febril parecida al delirio; pero el sueño huía de sus parpados inundados de lágrimas y de su pecho se escapaban sin cesar ahogados suspiros.

La Polvorosa que tan ruidosamente había llorado durante el día la marcha de Pedro, se durmió tranquilamente en su pobre lecho roncando á puer-na suelta á los pocos minutos de haber apoyado la cabeza en la almohada.

A la cabecera de su lecho protejía la contra las tentaciones la bula de la santa Cruzada, colocada allí por la misma Gumer-sinda despues de su ceguera.

Creando de buena fé que la bula perdía su virtud si no la ponía ella misma, la había pegado al revés, quedando por lo tanto los santos apóstoles cabeza abajo.

Pero las creencias de la pobre Polvorosa estaban tan arraigadas que á pesar de las observaciones de Elena no consintió en manera alguna que se tocara á la bula.

Elena rezaba sin cesar, creyendo así dormirse pensando en el Señor; pero el espíritu se rebelaba contra la oración, y el insomnio iba siendo cada vez mas penoso.

De repente llegó á su oído el eco cercano ya de una voz robusta que entonaba tristes endechas, acompañándose con una guitarra.

Elena se incorporó en su lecho sobresaltada y escuchó: aquella voz era la voz de Pedro.

Pedro se acercó al ventanillo de la alcoba y cantó con voz temblorosa:

"Despierta cándida aurora
De ese sueño tan profundo,
Que á tu puerta están cantando
Las maravillas del mundo."

Elena experimentó al oír aquellos versos un bien estar, que pareció restituir á su agitado espíritu la calma de que tanto necesitaba. Aquella poesía primitiva por decirlo así, aquella manera tan sencilla como poética de expresar el amor, tenía para ella un encanto indefinible, una belleza virginal que la seducía y halagaba de una manera irresistible.

Pedro guardó silencio algunos momentos y luego continuó.

"Ábreme que tengo frío
Que la mano se me hiela,
Porque traigo la vihuela
Toda llena de rocío."

Elena saltó de su lecho y no queriendo despertar á su madre salió á la salita y abrió el ventanillo, que como el de la alcoba caía á la playa.

Apenas el pescador percibió que Elena le escuchaba su voz se elevó mas fresca, mas tranquila y su corazón parecía salirse del pecho.

—¡Pedro! ¡esclamó Elena asomando su rostro á la cruz de hierro que formaba la ventana, y colocándose al nivel de la mas humilde de las gaviotas.... ¡Pedro! ¡Pedro!

—Elena: respondió el pescador esforzándose en poderla distinguir al través de las tinieblas:

—Elena!

Y en vez de hablar volvió á dar en la guitarra unos cuantos acordes y cantó á media voz:

"Si la mar fuera de tinta
Y los cielos de papel,
No bastaran á explicarte
Mi dulcísimo querer."

La poesía es contagiosa y á favor de la oscuridad de la noche y de la soledad, Elena tan austera, tan rígida, que nunca habia dirigido á Pedro una palabra que respirase amor, arrastrada por la dolorosa situación de su ánimo y cediendo á la emoción del momento, cantó en voz tan solo perceptible para Pedro y con una espresion que decia mucho mas que la palabra:

"Veremos si en la enramada
Del monte puedo seguir,
Que lo que quiero es vivir
Sola, triste y retirada.

.....
Que lo que quiero es vivir
Sola, triste y retirada."

En seguida y como avergonzada de la manifestación que acababa de hacer, cerró de repente el ventanillo y se volvió á su lecho desalentada y confusa.

La Polvorosa seguía roncando tranquilamente como el que ya nada teme ni espera.

Al día siguiente Pedro se despidió de Elena y de su madre con una emoción tristísima que en vano se esforzaba en ocultar.

—Elena, le dijo solemnemente, en el momento de partir, no sé por qué negro presentimiento mi corazón desfallece cuando mas fuerte me creía... adios... yo... no te olvidaré jamás... nunca! nunca!

Elena bajó los ojos ruborizada.

—Te recomiendo muy especialmente á mi pobre madre... añadió Pedro con los ojos arrasados de lágrimas tomando de la mano á la pobre Relumbranta que lloraba sin consuelo.

Elena sacó de su pecho un escapulario de la Virgen del Carmen que llevaba consigo desde niña y le pasó alrededor del cuello de Pedro.

—Toma, le dijo fijando sobre él una mirada profunda y severa como el ojo de la verdad; te doy la única joya que poseo, la de mas valía para mí, porque es la que me dá valor en mis momentos de amargura... es la estrella de las mares; ella protegerá tu vida entre los horrores de la tempestad.

Pedro llevó á sus labios la bendita imagen que habia escuchado por tantos años el latido del corazón de Elena, y despues de abrazar cariñosamente á la Polvorosa salió á reunirse con sus compañeros que le aguardaban en la playa.

La Relumbranta no tuvo valor para verle marchar, y despues de abrazarle una y mil veces se escondió en el fondo de la alcoba, donde ayudada de la ciega empezó á rezar el escapulario á la Virgen de la Guia para que lo protegiese en su viaje (1).

A los pocos momentos la caravana de hombres de mar se puso en marcha para el Ferrol, llevando cada uno al hombro un grueso garrote en el que iba colgado el hatillo de la ropa, distinguiéndose entre todos el gallardo Pedro el Relumbrante que ostentaba sobre su camiseta de mahon azul el escapulario que le habia puesto al cuello Elena, y que habia jurado llevar mientras durase su vida.

Al trasponer la colina que ocultaba ya por completo á sus ojos la solitaria villa de Candas, los marineros oían todavía los ruidosos y agudos lamentos de las Gaviotas que lloraban en la playa su partida con un clamoreo infernal.

(Se continuará.)

(1) La Virgen de la Guia ó de la Buena Guia, se venera en un santuario situado á media legua de Gijón, en el camino real de Somió, una de las aldeas mas pintorescas de la costa. La capilla de la Virgen no es mas que un cobertizo á teja vana, cerrado por delante con un grotesco enrejado de madera tosca.

La Virgen de la Guia es abogada de los mareantes, y la tradición cuenta, que si en las noches de tormenta se da vuelta á la teja mayor del cobertizo de la Virgen, el viento se cambia instantáneamente abanzando el tiempo.

Las familias de los navegantes tienen á esta imagen particular devoción, y verifican frecuentes peregrinaciones á su pintoresca ermita, con el solo objeto de rezar una salve y *cambiar la teja*.

No hay para qué añadir que el tejadillo del cobertizo se encuentra por esta razon casi siempre desmantelado.

UN VIAJE REDONDO.

(CONTINUACION.)

III.

EL BERGANTIN *Pelayo* SE DA Á LA VELA PARA EL PUERTO DE LA HABANA CON 150 PASAJEROS.

En la época á que nos venimos refiriendo, el puerto de Gijón no tenía ni con mucho la importancia que en el día. El ferro-carril, que uniendo las ricas é inagotables minas de carbon de Sama y de Langreo con el punto de embarque, ha disminuido el precio de los trasportes, abaratando considerablemente aquel precioso combustible, principal elemento de la industria y que constituye un tesoro inapreciable para el antiguo principado de Asturias, no existía ni aun en proyecto.

La hulla se trasportaba entonces en caballerías y en carros tirados por bueyes, que á mas de la lentitud y frecuentes entorpecimientos de su marcha, maceraban el combustible y recargaban su precio hasta el extremo de hacer imposible la competencia con los carbones ingleses.

De las fábricas de botellas, cristales huecos, planos y tallados, fundicion de hierro, cigarros, sustancias alimenticias, mantecas y quesos imitados á los de Flandes, velas de estearina y cera vegetal, jabones y loza que existen en el día, dando ocupacion lucrativa á un gran número de personas y empleo á crecidos capitales, solo se hallaba instalada la primera, montada con mas voluntad que recursos, y que tenía que luchar á cada paso con dificultades, si no imposibles, no muy fáciles de allanar.

En los astilleros del puerto, donde se construyen actualmente bergantines y corbetas de alguna consideracion, se veía como por milagro y muy de tarde en tarde sentar la quilla de un patache ó de un quechemarin de muy exiguas proporciones.

El puerto de Gijón no dejaba sin embargo de ser bastante frecuentado aunque por buques de reducido tonelaje, á causa de la estrechez y poco fondo de su dársena, y atendido á que el suelo de esta no era el mas á propósito en algunos parajes para que pudieran quedar en seco embarcaciones finas.

Un número regular de goletas y balandras inglesas entraban en él todos los años á cargar ave-llanas y castañas, y no faltaban místicos y barcas de nuestros puertos de Levante que llevaban á Cataluña, Valencia y Andalucía el trigo de Castilla y las habichuelas asturianas, y cuyas alegres tripulaciones atraían sobre el muelle con sus músicas, sus bailes y sus cantos gran número de curiosos de ambos sexos.

El comercio de cabotaje con las provincias de Galicia, Santander, Vizcaya y Guipúzcoa y con los puertos franceses, situados entre el Loira y el Adur, era ya entonces bastante considerable y no podía menos de serlo, si se atiende á que Gijón por su situacion geográfica y por hallarse al extremo de la única carretera que baja del interior á la costa,

tenía que servir de puerto de desembarque á los efectos destinados á la parte central de Asturias y á la provincia de Leon, extendiéndose tambien sus relaciones comerciales á las de Valladolid, Avila y Madrid.

El carbon de piedra, aunque caro puesto en el puerto y recargado despues con unos fletes crecidos, á causa de la pequeñez de los buques que lo trasportaban, era ya sin embargo su principal artículo de exportacion.

En el día es Gijón un puerto importante al que afluyen muchos y crecidos capitales que aumentan de día en día su movimiento mercantil é industrial, y lo será mucho mas cuando mejorado y ensanchado su puerto cuyas obras deben emprenderse muy pronto, puedan recalcar á él buques de crecido porte, único medio de abaratar los fletes, destruyendo la principal de las rémoras que se oponen á su engrandecimiento.

En la mañana del día 7 de julio de 1837 se notaban en aquella villa una vida y una animacion extraordinarias. Las posadas todas, desde la casa de pupilos mas encopetada hasta el figon mas miserable, estaban llenas de huéspedes; en las calles apenas se podia dar un paso, sin verse detenidos por grupos de forasteros de todos sexos, edades y condiciones que recorrían la poblacion, y cuyo punto de recalada era el muelle. En todos los paredones de la dársena, en el paseo del Bombé, en la plazuela de la Barquera y en todas las calles que desembocan en estos puntos habia un gentío inmenso cual pocas veces se habia visto.

Aquella tarde debia darse á la vela para el puerto de la Habana el bergantin *Pelayo* con 150 pasajeros; y la salida de un buque con destino á las Antillas es siempre un acontecimiento notable para puertos como el de Gijón, y lo era mucho mas entonces, porque esta clase de viajes tenían lugar de tarde en tarde.

Los pasajeros que debia conducir aquel buque á la capital de la isla de Cuba, y cuya mayor parte la componían jóvenes y niños de diez á veinte años de edad, habian acudido al asomo de un nordeste limpio que corria desde la mañana anterior, y con ellos sus padres, hermanos, parientes y amigos íntimos para darles el último abrazo al poner el pié sobre cubierta, y presenciar además la salida del bergantin.

Dos meses hacia que el *Pelayo*, recientemente construido en los astilleros de Viavelez, habia entrado en el puerto, destinado desde luego por sus armadores para la carrera de América, y desde el siguiente día de su arribo se habia fijado en todos los parajes públicos de la villa é insertado simultáneamente en los boletines oficiales de las provincias de Oviedo, Lugo y Leon, y en la *Gaceta* y algunos periódicos de la corte el siguiente anuncio:

"El hermoso y velero bergantin *Pelayo* de 150 toneladas, forrado y empernado en cobre y acabado de construir en uno de los mejores astilleros de la costa de Cantabria, saldrá directamente para la Habana á fines del próximo mes de junio, si el tiempo lo permite. Admite carga y pasajeros, á

los cuales ofrece las mayores comodidades y el buen trato que tiene de costumbre su acreditado capitán don N. N. Lo despachan en Gijón los señores M. H. y compañía, del comercio."

Al mismo tiempo que se daba publicidad á este documento por todos los medios posibles, unos cuantos comisionados ó agentes del armador, personas todas escogidas cuidadosamente al intento y á las cuales se da una cantidad determinada de antemano por cada pasajero que proporcionan, recorrian los pueblos y las aldeas, en un radio de 20 leguas por lo menos, reclutando gente por los medios hábiles y seductores de que saben echar mano.

La relacion de fortunas colosales adquiridas en pocos años en América; la descripción de aquel país, que pintan como un verdadero paraíso en que se encuentra la fortuna sin buscarla, como si las calles de sus ciudades estuviesen empedradas con oro y plata; el ofrecimiento de prontas y buenas colocaciones y la seguridad de un trato exquisito durante el viaje, son recursos casi siempre infalibles para excitar la codicia de los labradores y de las gentes sencillas, y decidirles á que se desprendan sin gran violencia de sus hijos y del todo ó una parte de su fortuna.

¿Tienen dinero para pagar al contado el pasaje? bueno. ¿No lo pueden abonar mas que á plazos ó en época determinada? no importa; se extiende una obligacion, se hipotecan para el pago algunas tierras, se busca un fiador abonado, y negocio concluido.

Pero como no hay plazo que no se cumpla y como el pícaro tiempo tiene alas, la hora de pagar llega al fin antes de lo que los deudores quisieran.

La realidad se presenta entorces en toda su horrible desnudez ante aquellas gentes sencillas; los comisionados del armador, antes tan solícitos y cuidadosos de sus fortunas, se convierten en acreedores inflexibles que les impelen al pago sin compasion, que les venden sus tierras y sus ganados, que les dejan á menudo arruinados y sumidos en la miseria, cuando quizás los hijos, por cuyo bienestar hacen tan doloroso sacrificio, han servido de pasto á los peces ó descansan para siempre en los cementerios de la Habana.

Y estos casos que se suceden con harta frecuencia por desgracia y que debieran servir de saludable lección á las gentes crédulas y sencillas, haciéndolas mas avisadas, se olvidan con una facilidad incomprensible. Al asomo de un nuevo buque que se prepara para las Antillas, y de los mismos ó de otros agentes que tienen la habilidad de presentarles en lontananza un porvenir de abundancia y de riqueza sin límites, vuelven á caer en la misma red y á sacrificarse de nuevo, y á perder sus bienes presentes por una dicha que no acierta á entrar jamás por sus puertas, con muy raras excepciones.

No se hacen ya en América por causas que no estamos en el caso de escudriñar, las fortunas prodigiosas que algun dia; pero no dejan de regresar á su país natal, despues de muchos años de afanes y trabajo y con un mediano capital, algunos de los

jóvenes que corren al Nuevo Mundo en pos de la fortuna. Estos casos, que se repiten muy de tarde en tarde, son sin embargo bastantes á sostener viva la fé y las esperanzas, y sirven de punto de partida á las cuentas galanas con que los comisionados seducen y engañan á los incautos labradores.

Y hé aquí la razon por qué al mes y medio de anunciada la salida del *Pelayo* contaba este buque con 150 pasajeros, la mitad mas de los que podia llevar á su bordo y de los que debiera llevar en conciencia.

Y hé aquí tambien el por qué de la animacion y del movimiento extraordinarios que se notaban en la villa de Gijón la mañana del 7 de julio de 1837.

El dia estaba magnífico, como lo están casi siempre en aquel bello y delicioso país los dias de verano, la mar tranquila, el cielo y los horizontes sin la mas ligera nube que los empañase, y un suave nordeste rizaba ligeramente la superficie de la concha, saturando la atmósfera de una frescura agradable que calmaba la intensidad de los rayos solares hasta en la mitad del dia.

La reducida dársena que sirve á Gijón de puerto se hallaba cual nunca cubierta de buques que cargando unos, listos otros para darse á la vela y esperando los mas que los muelles se desocupasen para atracar y ponerse á su vez á la carga, formaban de aquel animado recinto un bosque de mástiles.

El bergantin *Pelayo* sobresalía entre todas aquellas embarcaciones, no solo por la animacion que se notaba á su bordo, sino tambien porque desde la salida del sol ondeaba en el pico de su bergantin la bandera española, y en el tope del palo trinquete la contraseña de sus armadores, señal inequívoca de que se disponia á zarpar en cuanto se lo permitiese la marea.

Como hemos de seguir á este buque en su viaje á la isla de Cuba; como nuestro héroe habrá de pasar en él mes y medio por lo menos; como nos proponemos examinar el esmero con que son tratados á su bordo los jóvenes que corriendo tras la sombra de la fortuna se encaminan al Nuevo Mundo sin que les arredren los riesgos y molestias de una larga navegacion ni los horrores de una enfermedad endémica que tantas víctimas sacrificaba en la época á que nos venimos refiriendo, ni las influencias del clima americano, tan distinto del clima en que habian vivido hasta entonces, es indispensable que nos traslademos á bordo y que le reconozcamos minuciosamente de popa á proa.

Era el bergantin *Pelayo* un buque de 150 toneladas, de muy buena apariencia, cuidadosamente aparejado y pintado, y los inteligentes le consideraban con regulares propiedades marineras, si bien se sospechaba por algunos, atendida la forma de sus muras y la colocacion del palo trinquete algo mas á proa de lo que á un buque de su eslora convenia, que seria algo sucio con tiempos duros, y que no podria resistir mucho trazo.

Iba á emprender entonces su primer viaje; al venir del astillero distante solo 20 leguas escasas, lo habia hecho con tiempos bonancibles y mar bella,

y cuanto se dijese por lo mismo sobre sus buenas ó malas propiedades era cuando menos aventurado.

Su capitán, que contaba en toda la costa cantábrica de buena reputación, había presenciado y hasta dirigido la construcción; iba á exponer en él su vida, y no parecía natural que hubiese sacrificado las reglas del arte á su capricho.

Pero el capitán del *Pelayo*, á pesar de su buen nombre, tenía un defecto muy perjudicial, aunque muy común por desgracia entre los marinos: era un tanto presuntuoso; cargaba de trazo á sus buques con el fin de darles mas importancia de la que en realidad tenían, y formaba siempre un empeño decidido en que ninguna otra embarcación le ganase barlovento ni le dejase por la popa, y su amor propio en esta parte le había arrastrado á temeridades con gran peligro de la vida de sus tripulaciones y de los intereses confiados á su cuidado.

—Ese buque—decían algunos marineros de la villa examinando al *Pelayo*—tiene una guinda atroz y mas trazo del que puede largar prudentemente, y nada tendrá de extraño que en manos de su capitán ponga la quilla por sombrero á la hora menos pensada. En cambio—añadían sonriendo maliciosamente—cuando corra en popa cerrada con alas y rastraderas por banda y banda con tiempos bonancibles y mar bella, se asemejará visto desde lejos á un buque de trescientas toneladas por lo menos.

A pesar de todas estas murmuraciones, atribuidas por algunos á la envidia, el capitán del *Pelayo* estaba muy contento de su buque. El tiempo dirá quiénes, entre el capitán y los murmuradores, tenían la razón de su parte: á nosotros solo nos toca examinar interiormente el casco del bergantín.

Su puente estaba completamente raso, no tenía á popa toldilla, y por consiguiente no había sobre cubierta camarotes ni dormitorio alguno.

La cámara, en que apenas podría estar de pie un hombre de regular estatura sin tocar con la cabeza en el techo, no tenía habitaciones independientes en que acomodar á los pasajeros, estando reducidas todas sus comodidades á cinco catres ó literas situadas dos á cada costado y una detrás de la escalera, y en las cuales, á pesar de no carecer de suficiente anchura, había que entrar y salir de costado para no romperse la cabeza contra la cubierta, que apenas distaría de los colchones una vara.

Cerrada la puerta, formaba la cámara del *Pelayo* un paralelepípedo rectángulo con diez pies de longitud, ocho de anchura y seis de alto, descontando de la segunda de estas dimensiones en la parte inferior, el espacio ocupado por los paños de víveres, situados por banda y banda á lo largo de los catres y formando dos asientos corridos.

Todo el ajuar y el adorno de aquel recinto estaban reducidos á una tabla que tendría vara y media cuadrada de superficie, y que sujeta con goznes al frente opuesto á la entrada y apoyada sobre varas móviles de hierro pendientes de dos de sus extremos, servía de mesa, á la cual podían sentarse, aunque no muy desahogadamente, seis personas; á cuatro sillas de tijera con asientos de lona, que se

plegaban y arrimaban bajo la mesa cuando no se hacía uso de ellas, á un plano de banderas colgado en el mismo frente de la mesa y á ocho cortinillas de tafetan verde que cerraban la entrada de las cuatro literas.

Dos de estas estaban destinadas al capitán y al piloto, y en ellas se veían colgados, descorriendo las cortinas, algunos rollos de planos ó cartas hidrográficas, un sextante, un octante, dos catalejos, dos ampolletas ó relojes de arena y varios otros útiles de la profesión.

A los dos lados de la puerta había dos pequeñas alhacenas destinadas á guardar el servicio de la mesa de popa, los vinos y licores, las viandas sobrantes y algunas otras frioleras.

Esta reducida y modesta habitación recibía la luz por un carabanchel ó claraboya de cristales que se elevaba dos pies sobre cubierta, y cuya base era un cuadrado de cuatro pies escasos por cada uno de sus lados. Y como esta lucera, á pesar de la fuerte alambrada que la circundaba, no podría estar descubierta con tiempos duros sin exponerse á que rompiendo un golpe de mar los cristales, se inundase la cámara con grandísimo peligro para el buque, había incrustadas en la cubierta, dos semiesferas de cristal de medio pie de diámetro, que comunicaban á la cámara una claridad, aunque tenue, bastante para distinguir los objetos perfectamente.

Como se vé, la cámara del *Pelayo* no ofrecía grandes comodidades á los pasajeros que quisiesen ir en ella, y cuyo número, aun suponiendo que se conformasen á dormir de dos en dos, lo cual no deja de ser bastante incómodo en la estación calorosa, no podría pasar de seis. Y sin embargo, los armadores del buque habían admitido nueve, asegurando á cada uno que ni en su casa estarían alojados con mas comodidad y desahogo.

Subamos sobre cubierta y sigamos examinando el bergantín.

En el espacio que mediaba entre los dos palos del buque, y á cuatro pies escasos del puente, se hallaba interceptada la bodega por un sollado provisional que constituía el piso de una habitación, limitada por los costados del buque y por dos lienzos de tablas mal unidas, y á la cual servía de techo la cubierta. Este local, que no recibía mas luz ni mas ventilación que las que podían entrarle por la boca de escotilla, era la habitación destinada á unos ciento cuarenta pasajeros que apenas cabrían en ella acostados como sardinas en banasta, y en la cual, á pesar de que no podrían sentarse en el suelo sin alcanzar el techo con la cabeza, habrán de vivir mes y medio.

El piso se hallaba dividido de babor á estribor por tablas de ocho á diez pulgadas de alto colocadas verticalmente formando dos hileras de reducidos espacios, á maneras de pesebre, y por entre las cuales queda un estrecho paso que corre de proa á popa. Cada uno de aquellos espacios servirá de cama á un pasajero, y en ellos podrán colocar colchones, jergones ó petates para no sentir la dureza de las tablas; pero han de ser de su propiedad y arreglados á las dimensiones del pesebre,

porque en el buque ni se les dará para acostarse mas que el santo suelo, ni les admitirán aquellos objetos si exceden de los límites marcados por las tablas de division.

Si penetráseis, queridos lectores, en aquel reducidísimo y oscuro calabozo, os apresurariais á abandonarle antes de cinco minutos por miedo de morir asfixiados. Y menos malos mientras permanezca abierta la escotilla por la cual, aunque poca, penetra algo de luz, y el aire se renueva algun tanto; pero si llegan á caer durante el viaje cuatro gotas de agua, si se presentan tiempos duros, si las olas se agitan y se rompen al chocar contra los costados del *Pelayo*, habrá de lavarse la única entrada que conduce al sollado, los pasajeros de proa tendrán que permanecer allí encerrados, sin ventilación y completamente á oscuras, dias enteros.

¡Y si viéseis en qué estado navegan aquellos infelices!... Pero no adelantemos los sucesos, que ocasiones tendremos durante el viaje de bajar al sollado; renunciemos tambien á visitar el rancho ó camarote de proa en que duerme la tripulación, por no necesitarlo para nuestro objeto, y contentémonos con saber por ahora que el bergantin se hará á la mar dento de pocos momentos.

Componen el equipaje del *Pelayo* el capitán, el piloto, un contramaestre, seis marineros, cuatro grumetes, dos muchachos ó pajes de cámara y cubierta, un despensero, un cocinero y un cirujano romancista, sangrador y sacamuelas, que se hace dar, y él mismo se da con enfasis, el pomposo título de *físico del Pelayo*.

Tenemos pues que este buque, capaz escasamente de 150 toneladas, si se arquease con escrupulosidad, lleva á su bordo nada menos que 168 personas, de las cuales tengamos noticia por ahora. Y estas personas no ván á efectuar un pasaje de dos ó tres horas; van á residir en el buque de cuarenta á cincuenta dias por lo menos; van á recorrer en él un espacio de 1,800 leguas.

Los diez pasajeros de popa han satisfecho ochenta duros cada uno por su pasaje, y á los de proa se les han exigido cuarenta ó cincuenta, segun los hayan satisfecho en Gijón ó en la Habana, y por este dinero debe mantenerlos el armador desde la salida del buque hasta que tienda el ancla en el puerto de su destino, sin excluir el tiempo que puede estar de arribada en un punto cualquiera.

La marea ha principiado á bajar; el buque, atracado desde el dia anterior al muelle y muy cerca de la entrada de la dársena, ha desaferrado ya sus velas cuadradas, y se halla sujeto únicamente por una amarra de escasa consistencia, dada á uno de los postes de piedra clavados sobre el muelle. Los paredones todos, desde la casilla del resguardo hasta la boca del puerto por un lado, y desde la capitanía de puerto hasta el otro extremo del muelle por el otro, están hace media hora intransitables y tan llenos de gente, que apenas se podria clavar en ellos una estaca sin atravesar algun pié.

En los primeros se hallaban los pasajeros, rodeados de sus padres, de sus hermanos, de sus parientes mas cercanos y de sus amigos mas íntimos

que deseaban abrazarlos al poner el pié en el buque; en los segundos están los curiosos, los parientes lejanos y los conocidos, que se contentan con verlos abandonar el puerto.

La entrada de la dársena en Gijón es tan estrecha, que los buques pasan casi rozando las dos escolleras con sus costados, y esta circunstancia, que atrae siempre curiosos á presenciar la entrada y la salida de los buques, contribuia á que aquel dia fuese la concurrencia mucho mas numerosa que lo de costumbre, puesto que las gentes de á bordo y los que se hallaban inmediatas á la boca del puerto podian hablarse mientras el bergantin salia.

La campana del *Pelayo* gritó al fin con su acento metálico y penetrante:—¡A bordo! ¡A bordo!—Y su tañido se perdió bien pronto entre los ecos de mil lamentos, de mil ahogados súspiros, de mil exclamaciones de dolor y del chasquido de mil besos.

La mayor parte de los pasajeros eran jóvenes y niños de corta edad, y no debe extrañarse por lo mismo que sus parientes mas próximos, y en particular sus padres y sus hermanos, llorasen al darles el último adios, y se desprendiesen con dificultad de sus brazos.

La campana del buque gritó por segunda vez:—¡A bordo! ¡A bordo!—y la lancha que debia darle romolque hasta ponerle en franquía, se hallaba ya por la proa dispuesta á bogar, y los grumetes de á bordo saltaron sobre el muelle para soltar la única cadena que aprisionaba al *Pelayo*.

Fué aquel un momento de confusion, de consternacion y de desórden difícil de describir.

Diez minutos tardaron aun los pasajeros en saltar al buque que se iba separando del muelle por momentos. Por fin entró el último, y el bergantin abocó la entrada de la dársena muy lentamente en medio de un clamoreo infernal. Eran tantas las personas que habia sobre su cubierta, que si de los paredones entre los cuales pasaba se hubiese arrojado al puente del bergantin una lenteja, difícilmente habria llegado á caer en la cubierta sin tocar en un cuerpo humano.

Y toda aquella gente, si se exceptúan diez ó doce individuos que deben regresar al puerto en la lancha del práctico y en un bote que se veia amarrado por la popa, debe hacer su viaje en el *Pelayo*.

Este buque se fué separando de las escolleras con una velocidad progresiva; y cuando ya la distancia no permitia que las gentes de á bordo se comunicasen por medio de la palabra con las de tierra, se agitaron en el aire infinidad de sombreros, gorras y pañuelos, y los curiosos se dirijieron en tropel á la atalaya de santa Catalina, para seguir contemplándole hasta que abandonase la concha.

Apenas pasada la barra, las velas del *Pelayo* se fueron desplegando é izando una tras otra, la lancha del práctico cesó de darle romolque; el buque se puso á ceñir el viento; las dos embarcaciones que debia volver al puerto tomaron su gente y se separaron de los costados del bergantin, y media hora despues montaba el *Pelayo* á todo trapo y en po-

pa cerrada la punta de Torres, y desaparecía de la vista del puerto.

Nadie que recorriese las calles de Gijón á la puesta del sol hubiera sospechado el movimiento y la animación que se notaron en la villa durante el día. La mayor parte de los forasteros, deseosos de caminar durante la noche por evitar las molestias que los calores ocasionan á los que viajan durante el verano en la fuerza del día, se habían puesto en marcha para sus respectivos domicilios, y todo había vuelto por fin á su estado normal.

BALDOMERO MENENDEZ.

REVISTA DE LA HABANA (1).

*La primavera. = La temporada. = Lucha de fieras.
= Commemoracion. = Noticias varias. = Cuadros
bílicos y mitológicos.*

Cuba en primavera es el paraíso, el reposo, la felicidad. Sus sombras frescas, sus verdes sabanas, sus bosques virginales, inspiran amor.

Para pintar tanta hermosura sería preciso escribir con las galas de las leyendas orientales, con el estilo de Chateaubriand que cantó las bellezas de las soledades de América.

El mes de Junio se aproxima y ya nuestras familias acomodadas se preparan á pasar la estación del calor en los pueblos de temporada, cuyas brisas templan el fuego del sol tropical que imprime en nuestro organismo una languidez y una pereza indolentes. Pero no, me he equivocado: he dicho mal. Entré nosotros no se va á los pueblos de temporada huyendo de la atmósfera sofocante y abrasadora que se respira en esta capital durante el infernal verano. Entre nosotros no se va á los pueblos de temporada para vivir con holgura, con comodidad, con franqueza, con familiaridad, para gozar de los baños y de los placeres de la vida del campo, para descansar de las enojosas y ceremoniosas exigencias de esa costumbre de la capital que se llama etiqueta y buen tono. Entre nosotros la emigración á los pueblos de temporada es puramente por moda. Hay familias que gastan mas en los cuatro meses de temporada que en los ocho restantes que pasan en la Habana. He aquí por qué muchas familias, no pudiendo rivalizar con las que van á tomar los baños en los pueblos circunvecinos, se quedan en la capital por necesidad. En

los pueblos de temporada se observa la misma etiqueta que en la Habana, se viste con el mismo lujo, se ostenta la misma suntuosidad en las recepciones: las casas están decoradas con riqueza, los saraos son brillantes, la servidumbre numerosa. El Cerro, Marianao, Puentes-Grandes, Guanabacoa, ya no son pueblos de temporada, pueblos de baños: son barrios de buen tono. La opulenta Habana es cada día mas aristócrata.

Uno de aquellos espectáculos sangrientos, horribles, feroces, que aplaudía frenéticamente el pueblo romano desde las gradas del circo, ha tenido lugar en la plaza de toros de la Habana. El pueblo en todas partes siempre está ansioso de novedad, siempre está ávido de emociones violentas, extraordinarias. Desde que se anunció el combate entre un tigre del Brasil y tres perros de presa, se despertó en todas las clases de la sociedad un interés vivísimo, digno de mejor causa. En los cafés, en los paseos, en las reuniones familiares, en todas partes la lucha de estas fieras era el tema general de las conversaciones y la causa de numerosas y crecidas apuestas. Una concurrencia inmensa llenó las gradas y los palcos, cual nunca se ha visto en la plaza de toros de la Habana. Nueve mil personas se habían reunido allí desde muy temprano.

Antes de empezar la lucha, para dar mas variedad al espectáculo, se presentaron cuatro competidores á disputar el premio de la carrera á pié, que la obtuvo el individuo que dió trece vueltas en cinco minutos al rededor de la plaza. El público obsequió al vencedor con un ruido de aplausos y una lluvia de habanos y de monedas de plata.

Llegó el instante señalado para la lucha. Un silencio profundo reinó en todos los ámbitos del circo: parecía que la plaza de Belascoain estaba desierta. Todos los concurrentes como movidos por un mismo resorte se pusieron en pié. Todas las miradas se clavaron en la gran jaula de hierro: todos los semblantes revelaban muda ansiedad. Sonó por fin el momento que todos esperaban con vivísima impaciencia, el momento de las emociones violentas, extraordinarias.

Levantóse el tabique de madera que dividía la jaula y separaba al tigre de los perros. Rápidos como el relámpago y súbitos como el rayo, se arrojaron los perros sobre el tigre que corrió hácia ellos. Renunció á describir aquella lucha bárbara, horrosa, sangrienta....

Una gritería inmensa, atronadora, escandalosa, pobló los aires. Al ver aquella multitud gritando, palmoteando, agitando los pañuelos y los sombreros, rebotando alegría cruel, delirio insensato; al ver á aquellos hombres olvidados de sí mismos, indiferentes á su dignidad, ofreciendo una escena odiosa y ridícula, el corazón noble y generoso no podía reprimir un sentimiento de lástima.

A los veinte y dos minutos se declaró terminada la lucha proclamándose vencedores á los tres perros, que morían, excepto uno, revolcándose en su sangre, mientras el tigre acostado en un rincón sin

(1) Errata notable.—En la anterior *Revista de la Habana*, pág. 265, col. 2ª, lín. 19, donde dice 950,000 duros, léase 1,042,763 duros, á cuya cantidad, según el estado que publica en la *Gaceta* de la Habana el conde Cañongo, ascendían los donativos patrióticos de la isla de Cuba el día de la fecha en que fué redactada dicha revista.

mostrar cansancio, se lamia la sangre que chorreaba de sus heridas.

El Liceo de la Habana ha repartido entre sus socios un bonito cuaderno de elegante impresion, para conmemorar el acto solemne de la coronacion de la poetisa cubana Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda. Contiene este folleto la descripcion de aquella imponente ceremonia, un retrato litografiado que representa á la Avellaneda coronada, la poesia leida despues de la coronacion por la ilustre autora de *Baltasar*, la letra del himno que cantó la seccion de música del Liceo, el discurso que en aquella ocasion leyó el director general de este instituto científico, artístico y literario, y las poesias leidas en aquella noche memorable en la isla de Cuba.

Ha partido para Europa don Andrés Poej, distinguido cubano, director del Observatorio Meteorológico de la Habana, hijo de don Felipe Poej, catedrático de Historia Natural de esta Universidad literaria. Lleva unas muestras de nuestro excelente algodón para someterlas al examen de la Sociedad Imperial Zoológica y á la *Encouragement*, cuyos informes se publicarán.

Ha llegado Aquiles Malavasi cuya ejecucion en la flauta es sorprendente, segun dicen los periódicos de Madrid y de las principales ciudades de América.

Tambien ha llegado el joven barítono Abel du Brouillon.

En la vecina ciudad de los dos rios, Matanzas, patria de Plácido y de Milanés, ha dejado de existir la señorita doña Amalia García y Chaves. Su cadáver encerrado en una magnífica caja de caoba con cordones de plata, fué conducida al cementerio en un lujoso coche.

Ha llegado el agente de una obra famosa, magnífica, sobresaliente, notabilísima, cuya primera edicion se hizo en Edimburgo y cuya edicion segunda se prepara en los Estados-Unidos. *Aves de la América del Norte*, es el título de esta obra que consta de quince tomos, adornada con bellísimas láminas. El precio de suscripcion es mil duros. Entre los suscritores que se han reunido en esta capital se cuenta á la Universidad y al capitán general Serrano. Esta obra, la primera en su clase, es de un gran naturalista, tambien pintor y poeta: AUDUBON.

La nueva compañía de ópera italiana ha empezado sus tareas con *La Hija del Regimiento* de Donizetti y la *Norma* de Bellini.

La iglesia de Belen, á cargo de los Jesuitas, se ha enriquecido con un hermoso cuadro, copia de Gagliardi, que se ha colocado en el altar de Dolores. En la misma iglesia se construirá en breve la capilla destinada á recibir las reliquias de S. Plácido.

Las procesiones de las visitas de enfermos se han verificado con lucimiento. Las casas de la carrera

JULIO.

estaban decoradas con vistosas colgaduras.

La compañía de zarzuela ha interrumpido sus tareas á causa de la desgracia que lamenta la simpática Amalia Ramirez. Esta distinguida artista ha ido á ocultar su dolor á uno de nuestros pueblos de campo. La súbita muerte de su madre la ha afectado vivamente. No sabemos positivamente si regresará á España ó permanecerá entre nosotros. Antes del fallecimiento de su madre habia anunciado para la noche de su beneficio la magnífica zarzuela *Los Magyares*, cuya *mise en scene* se exornaría con lujo extraordinario, con gran aparato teatral.

Ha partido para Matanzas y Cárdenas el capitán general Serrano acompañado de dos ayudantes y del secretario del Gobierno Superior civil don Antonio Mantilla. La bella condesa de San Antonio permanece en la Habana.

Se espera en esta ciudad por la via de los Estados-Unidos al Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco, nuevo embajador español cerca de la república mejicana. La fragata de hélice *Petronila* conducirá al Sr. Pacheco á su destino.

El dia 9 tuvo lugar en la villa de Cienfuegos la inauguracion del Teatro de la Avellaneda. Se puso en escena *Alfonso Munio*. Se leyeron varias composiciones poéticas.

Quadros bíblicos y mitológicos.

No es posible examinar ese espectáculo sin experimentar un sentimiento de admiracion. La vista queda fija y el ánimo estático en la muda contemplacion de esas creaciones fantásticas, de esos cuadros concebidos y ejecutados con tanta perfeccion como inteligencia y gusto. Es tan magnífico el conjunto de esas preciosas combinaciones tan artísticamente ideadas, que no basta una sola noche para admirar todas sus bellezas. Exactitud histórica en los trages, verdad en la expresion de la fisonomía, naturalidad en las posiciones académicas, precision y gracia en los movimientos, gusto en la colocacion de los grupos, todo el conjunto en fin, es bello, es armónico.

Entre las fantasías orientales de los cuadros mitológicos nos ha llamado la atencion especialmente un precioso baile ejecutado por graciosas niñas: *El cenador encantado ó la hada de las rosas*.—¡Qué gusto, qué artificio en las combinaciones! ¡Qué gracia en los movimientos! ¡Qué belleza y sencillez en los trages! Hé ahí todo el idealismo de la mitología!

Y los cuadros bíblicos? ¡Ah! Al trazar estas líneas que nos han sido inspiradas por el sentimiento de lo bello, sentimos ese amargo decaimiento del artista que no puede fijar en el lienzo las bellas creaciones de su imaginacion.

Los cuadros bíblicos son la elocuente reproduccion de los episodios mas sublimes de nuestra redencion. ¡Qué imitacion tan viva! ¡Qué copia tan perfecta! Y la expresion del semblante! Ved el dolor profundo de María: ved la resignacion divina

47

del Salvador: ved con los ojos del alma y exclamareis llenos de admiracion:

—Ese es el dibujo correcto, el bello colorido, el pincel mágico de Rafael, de Murillo, cuyas vírgenes son el retrato de las muchachas de España, de Rubens colocado al frente de los pintores alemanes, y de Miguel Angel, que con un pedazo de carbon bosquejó en una de las salas del Casino Farnesio de Roma una cabeza tan perfecta, que parece una cabeza de bulto de piedra ennegrecida.

Al fijar la vista en las copias vivas de los lienzos inmortales de Rafael, Murillo, Rubens y Miguel Angel, el espectador queda sumido en muda contemplacion, la mente se pierde en las regiones de un mundo ideal, el corazon se agita y las lágrimas humedecen los ojos al examinar la espresion de la fisonomía de los Keller.

¡Cuánta verdad! ¡Cuánta exactitud! ¡Qué imitacion tan perfecta! ¡Qué dolor tan sublime! Cárdeno el rostro, desenchajados los ojos, descompuesto el cabello, contraídos los lábios, desordenado el vestido, jadeante el pecho, convulsos los miembros, trémulos los párpados... ¡Oh! qué esfuerzo tan fatigoso para copiar, para modular la verdad! Y creemos oír lamentos, y nos figuramos ver un suplicio verdadero, y nos conmovemos, y nos estremecemos de dolor... ¡Oh! ¿No habeis oído nunca turbar una representacion al ruido de los sollozos de los espectadores? ¿No habeis visto nunca en un teatro radiante de lujo, de esplendor y brillantez á una concurrencia entera llorar amargamente?...

El gesto, la mirada, la actitud, el conjunto, arrancan al espectador un grito de sorpresa; tal es el mágico poder del genio y de la inteligencia! Al caer la cortina un aplauso enérgico y espontáneo parte de los ámbitos del teatro, justa ovacion al distinguido mérito artístico de la familia Keller.

Yo os saludo con todo el ardoroso y delirante entusiasmo de mi edad, lindas niñas que embelleceis los cuadros bíblicos y mitológicos. ¡Ojalá veais sembrado todo el camino de vuestra vida de flores de naranjo y hojas de verde laurel! ¡Ojalá las auroras de vuestros dias reflejen siempre los mas peregrinos accidentes de luz, y el cielo de vuestras ilusiones esmalte siempre de hermosos diamantes la flor de la ventura! ¡Ojalá en el horizonte de vuestra vida fulgure siempre entre arreboles de oro y grana el astro de la felicidad! ¡Y quiera el cielo depararos á cada una de vosotras un porvenir de rosas i perfumes!

JULIO ROSAS.

LA CITA.

I.

Vientecillo, vientecillo
que vas murmurando quejas
y haces sonreír á el agua
con las cosas que le cuentas.

Tú, que entre las flores bulles,
como Perico entre ellas,
y á esta quiero, á esta no quiero,
todas las tienes revueltas.

Tú, que por ligero pasas
y de bullicioso pecas,
y á los árboles mas graves
haces doblar la cabeza.

Tú, que duermes en las ramas
sobre las hojas mas frescas,
y se mecen y te arrullan
para que mejor te duermas.

Tú, dulce *corre ve y dile*
que en todas partes te encuentras,
suspiro de estos contornos,
aliento de estas riberas.

Si de galan haces gala,
si ser activo te alegra,
si por discreto te estimas
y de servicial te precias;

Toma estas cuatro palabras
que están saltando en mi lengua,
llévalas donde tú sabes;
pero, ay, que no te se pierdan!

II.

No partas tan pronto; escucha:
dile... que tengo tristeza,
que me has visto (aquí tú añades
lo que calla mi modestia.)

Y como que es cosa tuya
y sin que nadie lo entienda,
dile que estoy sola, y dile
con mucha maña, que venga.

Si á tus palabras ingrato
dar crédito no quisiera,
este suspiro y un beso
quiero que lleves en prenda.

El los tomará por míos
al momento que los vea.
Y dáselos si los pide;
yo haré que me los devuelva.

Ya sabes lo que yo quiero,
ahora, vientecillo, vuela
y porque mas pronto llegues
ahí vá toda mi impaciencia.

Aquí me quedo esperando,
¡ay si llevarme pudieras!
Ve... dícelo todo... escucha,
si él no viniese... que vuelvas.

JOSÉ SELGAS.

A GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Por fin alzaste el vuelo magestoso
En un raptó de amor de tu alma inquieta
Y te vemos llegar, cuando orgulloso
Te aclama el siglo tu primer poeta.

Vuelves á Cuba en fin, que tantas veces
Lloró tu ausencia con acerbo duelo,
Y por fin mas espléndida apareces,
Bella constelacion, en nuestro cielo.

Tú, cuya ilustre y fúlgida memoria
Egilona y Saul eterna hicieron;
Tú, que has llenado el mundo con la gloria
Que Alfonso Munio y Baltasar te dieron.

Tú, que nos has llenado, grande ó triste,
De entusiasmo, de lágrimas, de miedo,
Cuando al teatro esclarecida diste
Al Príncipe de Viana y Recaredo.

Tú, que de encanto, de placer, de amores
Nos inundaste cariñosa y blanda
Con la Hija adorable de las flores
Y con la hermosa y celestial Yolanda.

Tú, á quien arroja el mundo entusiasmado
Altos laureles y coronas de oro
Porque á la escena nacional has dado
Con tus brillantes obras, un tesoro.

Tú, aquella vírgen que el laud sencillo
En Cuba preludió tímida un día,
Y que tanta grandeza y tanto brillo
Ha dado á la española poesía.

Tú, que de la patria al caro suelo
A arrobar deliciosa nuestras almas,
Tornas por fin ¡oh ruiñeñor del cielo!
A cantar á la sombra de tus palmas.

Que si tu genio esclarecidas glorias
Halló en Iberia y en la culta Francia,
Aquí hallará dulcísimas memorias
De tu querido hogar y de tu infancia.

Hallarás efusion inmensa, y pura,
Y admiracion profunda en tus hermanos,
Y amigas que llorando de ternura
Estrechen, Tula, tus queridas manos.

Hallarás corazones que te adoren
Y te formen de amor dulces cadenas;
Hallarás conmovida ojos que lloren
Con tus acerbas ó calladas penas.

Y hallarás de sus bosques en la falda
Aguas, flores, verdura que te encante;
En cada fresco arbusto una guirnalda,
Y en cada rama un pájaro que cante.

Hallarás grata sombra y rica esencia
Bajo naranjos perfumados, bellos,
Que inclinados, ¡oh Tula! á tu presencia
Te inunden con sus flores los cabellos.

Encontrarás clarísimos espejos
Que ondulando los piés quieran besarte,
Y árboles que al mirarte desde lejos
Se inclinen con amor á saludarte.

Y en el aire verás mil avecillas
Que con viva sorpresa al conocerte
Pleguen las lindas alas, y sencillas
Se paren en los árboles á verte.

Y radiante de amor y de alegría
Verás el sol con fúlgida belleza
Pararse en el ardiente medio día
Para ceñir de rayos tu cabeza.

Oh! baja, ilustre y celestial cantora,
Del que Europa te alzó brillante solio,
Que hallarás en la patria que te adora
Ofrendas, pedestal y capitolio.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

A CUBA.

Cuando sobre el espacio cristalino
Desplegó como un pájaro marino

Sus alas mi bajel:

Cuando ví en lontananza ya perdidas
Las montañas, las lomas tan queridas

Que me vieron nacer;

Cuando llorando ví del mar salobre
Las sierras melancólicas del Cobre

Sus frentes ocultar;

Con afliccion profunda y penetrante
Me cubrí con las manos el semblante

Y prorumpí á llorar.

Ay! porque ¿cómo olvidará mi anhelo
Que fueron esa tierra y ese cielo

Los que primero ví?

¿Cómo olvidar que en ese suelo mismo
El santo sacramento del bautismo

Dichosa recibí?

¿Y que en su augusta catedral, cristianas
Hicimos con fervor yo y mis hermanas

La primer comunión?

¿Cómo olvidar sus bóvedas sencillas
Donde oí tantas veces de rodillas

La palabra de Dios?

¿Y el templo melancólico y lejano
Donde siempre mi madre de la mano

Nos llevaba á rezar?

¿Cómo olvidar que esos altares fueron
También los que sagrados me pusieron

La corona nupcial?

¿Y cómo, cómo olvidará mi pecho
Los pobres muebles y el hogar estrecho

En donde me crié;

Y en serenas venturas ó en quebranto,
Ay! la pequeña choza, donde tanto

A mi padre lloré?

Oh Cuba! si en mi pecho se apagara

Tan sagrada ternura y olvidara
 Esta historia de amor;
 Hasta el don de sentir me negaria,
 Pues quien no ama á la patria ¡oh Cuba mia!
 No tiene corazon.
 ¿Pero cómo es que tu adorado suelo,
 Y tu risueño y luminoso cielo
 He podido dejar?
 ¿Y cómo, Cuba, en tu horizonte umbrío
 Esconderte tu blanco caserío
 He podido mirar?
 Nunca lo olvidaré: la mar gemía,
 Y al través de mis lágrimas veía
 Sus aguas ondular.
 Era la hora en que la flor se cierra
 Y en que el inmenso templo de la tierra
 Devoto empieza á orar:
 La hora en que la estrella vespertina
 Asoma por detrás de la colina
 Con triste lentitud.
 De mi pesar y mi dolor testigos
 Me cercaron entonces mis amigos
 En tierna multitud.
 La tierra, el sol y el cielo parecían
 Que en dolientes miradas me decían
 Su callado dolor.
 Por fin surcó el bajel el océano,
 Y cerrando los ojos, con la mano
 Le dí mi último adios.
 Pero cuando el semblante doloroso
 Abatida volví, querido esposo,
 A mi lado te hallé.
 Te hallé á mi lado conmovido y tierno,
 Que me jurabas con tu amor eterno
 Santa y solemne fé.
 Y las lágrimas tiernas y dolientes
 Quedaron en mis párpados pendientes
 Al escuchar tu voz.
 Y aunque soñando con mi patria hermosa
 Hasta la tuya vine cariñosa
 Pensando en tí y en Dios.
 Yo amo tus campos verdes y sombríos,
 Porque los amas tú; pero los míos
 No, no puedo olvidar.
 Yo amo á tu pueblo sí, pero quisiera
 Llevarte de la mano placentera
 Cada rato á mi hogar.
 Y enseñarte mis flores, y mi río,
 Y la yerba brillante de rocío
 Que tanto pisé allí.
 Yo quisiera decirte: "en esta loma
 El tímido volar de una paloma
 Muchas veces seguí."
 Yo quisiera decirte: "en estos nidos
 Los pajaritos mansos y dormidos
 Con las hojas tapé;
 Y en ese lago silencioso y bello,
 A ponerme una flor en el cabello
 Risueña me incliné."
 Y decirte con cándida alegría
 "Este es el llano verde en que corría
 Con la cabeza al sol:
 Y aquel el corderito tan querido

Que la tierna cabeza en mi vestido
 Mil veces se enredó."
 Que allí todo es amor, todo es alianza,
 Y todo un himno puro de alabanza
 Eleva al Sumo Bien.
 Y en esos bosques llenos de armonías,
 No se escuchan jamás filosofías
 Que hagan entristecer.
 Oh Cuba! si en mi pecho se apagara
 Tan sagrada ternura, y olvidara
 Esta historia de amor;
 Yo hasta el don de sentir me negaria,
 Pues quien no ama á la patria ¡oh Cuba mia!
 No tiene corazon.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

EL MAL DE AMORES.

I.

De aquellas edades llamadas de oro
 Un cuento, lectoras, os voy á contar;
 Si acaso os parece pueril ó cansado
 Dejad su lectura, no os quiero cansar.

Mi objeto es tan solo narraros la historia
 De dos corazones heridos de amor;
 Si os gustan acaso los cuentos de amores,
 Seguidme leyendo, prestadme atencion.

II.

Con paso ligero la bella pastora
 De rostro hechicero, de talle gentil,
 Que envidian las auras, las flores, la aurora
 De las siempre frescas mañanas de abril,
 Al prado bajaba
 Conduciendo sus mansas ovejas;
 El aire azotaba
 Las ricas madejas
 De sus luengos cabellos de oro,
 Y las aves que en torno volaron
 Con ella formaron
 Blandamente dulcísimo coro.

Era Celia, la linda zagala,
 Requerida por muchos de amores;
 En belleza ninguna la iguala
 Que atesora virtudes mayores.

Feliz como el niño
 Que plácidamente su tierno cariño
 Demuestra inocente
 De su madre arrullado en los brazos,
 Ella libre y contenta vivía,
 Y amor todavía
 Se guardó de tenderla sus lazos.

De un arroyo en la verde ribera
 Sentada la hermosa

Zagala hechicera,
 Cantaba gozosa
 De las aguas el curso mirando;
 Mas de pronto levanta sus ojos,
 Y allí junto á ella
 Halló suspirando
 Un mancebo que en blanda querella
 Así la explicaba
 El amor que en su pecho guardaba.

Pastorcita del alma querida,
 Zagala donosa,
 Mas bella y garrida
 Que en mayo la rosa;
 Si tu tez en blancura se atreve
 A ser tal que oscurece á la nieve,
 Si dás con tu aliento
 Perfumes al viento
 Y al valle alegría,
 No por eso, pastora, te engria
 Tu buena fortuna,
 Ni apellides mi fé de importuna.

Tú lo sabes, pastora, la calma
 Perdí de mi alma
 Tan solo al mirarte;
 Por las altas veredas del cerro,
 Por las sendas del bosque frondoso,
 Noche y día yo vengo á buscarte
 De verte ganoso;
 Mas ¡ay! que al hallarte
 Me atormentan tus fieros rigores
 Y vivo muriendo,
 Por tí padeciendo
 El mal de los males, la cuita de amores.

Si tu amor, aunque lucho y padezco
 Lograr no merezco;
 Si al fin he nacido
 Condenado á sufrir sin quejarme
 De tu altivo rigor los enojos,
 Pueda yo cuando menos, rendido
 Beber en tus ojos
 Veneno escondido,
 Que termine mis fieros dolores;
 Que sane mi herida,
 Que acabe mi vida,
 Curando por siempre mi cuita de amores.

Esto dicen que le dijo
 El pastor á la pastora,
 Y hay quien cuenta que la jóven
 Le escuchó de amor absorta.
 La crónica sin embargo
 Pasa á tratar de otras cosas,
 Y aquí queda interrumpida
 Por un instante la historia.
 Si ambos á dos sostuvieron
 Larga plática sabrosa
 O la entrevista fué breve,
 De todo punto se ignora.
 Lo que se sabe de fijo
 Es que en citas amorosas

Juntos á verse tornaron
 El pastor y la pastora.
 A la márgen del arroyo,
 Que flores y arbustos bordan,
 El uno de amor suspira,
 Palpita de amor la otra.
 Pasó la estacion florida
 Y el estío con sus horas
 De calor; luego el otoño
 Vistió la tierra de hojas.
 Y los árboles desnudos
 Que la lluvia y viento azotan
 De copos de blanca nieve
 Tristes la carga soportan.
 Los aquilones rugieron,
 La tempestad bramó sorda
 Y creciendo el arroyuelo
 Inundó la vega toda.
 Y es fama que algunas veces,
 Desafiando la cólera
 Del invierno, allí se hallaron
 El pastor y la pastora.
 El uno de amor suspira,
 Palpita de amor la otra,
 Y amor aumenta incesante
 La hoguera que los devora.

Al volver la apacible primavera,
 Celia y su amante, sin faltar un día,
 En la márgen del plácido arroyuelo
 De amor se dieron venturosas citas.
 Cada vez la doncella se mostraba
 Mas inquieta, mas triste, mas solícita,
 Y el pastor á su vez mas atrevido
 En miradas de fuego la envolvía.
 Una tarde que el jóven paseaba
 Por un bosque de abetos y de encinas,
 Oyó cerca de un beso el estallido
 Y á su lado pasó una pastorcilla.
 Penetrando curioso en la espesura
 Halló en ella un pastor que sonreía,
 Y cuyo rostro se mostró radiante
 De amor inmenso, de inefable dicha.
 —Muy contento te muestras, caro Aseanio.
 —Cómo! escuchabas...?—Desde allí te oía
 Y he sentido que un ósculo estampabas
 De tu Rosa en la cándida megilla.
 ¡Dichoso tú que la ventura tocas
 Y cuitado de mí, que en mi porfía
 Nunca puedo alcanzar el bien que anhelo,
 Pues siempre Celia se me muestra esquivia!
 —Esquiva Celia...!—Dice que me adora!
 Mas ¡ay! que el fuego en que me abraso mira,
 Y ni aun su mano sonrosada puedo
 Estrechar venturoso entre las mias.
 Nunca un favor me concedió mi bella;
 Nunca mis ansias escuchó propicia,
 Mientras en tanto con tu amante Rosa
 La copa apuras que el placer os brinda.
 Dime por Dios, afortunado Aseanio,
 (Si algun afecto mi amistad te inspira)
 De qué manera tu ambicion lograste,

De qué manera lograré la mia.
Dime si sabes el secreto modo
De hacer que Celia, que mi duelo mira,
Se apiade al cabo al escuchar mis quejas;
Me otorgue al fin lo que mi amor la pida.

Esto dijo el mancebo apasionado,
Y el venturoso Ascanio que le oía
Sus hombros encogió, y entre sus labios
Asomó cierta irónica sonrisa.

—Me pides, dijo, que te explique el modo
De hacer que Celia tu afanosa cuita
Calme piadosa, y que feliz te haga
Con sus blandas dulcísimas caricias.

Pobre inocente! ¿imaginaste acaso
Que en las lides de amor, se solicita
Lo que tomarse por la fuerza puede...?

—¿Y si es fuerte la plaza que se sítia?

—Si Celia es fuerte, que su amor inmenso,
Su palidez y suspirar lo digan;
También mi Rosa inespugnable era
Y débil ora en cautividad suspira.

De todos modos, si alcanzar pretendes
Esas venturas que gozar ansias,
Jamás tus labios el silencio rompan;
Nunca de Celia los favores pidas.

Esto digo: Lisandro, con Dios queda,
Y piensa bien lo que experiencia indica:
Jamás á Rosa le pedí una mano;
La tomaba... y á fé que lo entendia.

Sin dejar de reir, alegre Ascanio
A separarse de su amigo iba;
Pero Lisandro le detuvo ansioso
Diciéndole:—Detente por tu vida!

—Qué quieres?—Preguntarte si con Rosa
Casarte por ventura determinas.

—Yo casarme...? no sé; pero me pienso
Que libre el hombre sin afán camina.

—Serás capaz de abandonarla luego...?

—Y si ella al cabo la primera olvida?

—Oh! no, la pobre por tu amor se muere.

—Lo siento, amigo; pero estoy de prisa.

Partió Ascanio, y Lisandro muchas veces
El consejo en su mente revolvía,
Y con su Celia al encontrarse junto
Lleno de dudas sin cesar vacía.

Peró una tarde que en la selva umbrosa
Vió arrullarse á dos tiernas tortolillas,
Cogió una mano de su hermosa Celia
Y así su afán devorador la esplica.

¿No es cierto, Celia mia,

Le dijo con ardor,

Que todo es alegría

Do quier que reina amor?

¿No es cierto, prenda hermosa,

Que en la creacion entera
Amor en todo impera
Potente y seductor?
Si ves los altos cielos,
Y allá en su limpio azul
Se pintan blancos velos
De transparente tul,
Y nubes nacaradas,
Ya rojas, ya doradas,
Que ofuscan nuestros ojos
Con mágico esplendor;
No dudes, Celia mia,
Qué allí entre tanto hechizo,
El dios vendado hizo
Mansiones al amor.

La tierra que pisamos,
El agua en que nos vemos,
Los valles que cruzamos,
Las flores que cogemos;
El aire que se aspira,
La fuente que murmura,
El ave que suspira
De amor en la espesura;
Cuanto en el mundo existe
Y natura creara,
Nos pareciera triste
Si no lo hermoseara
Amor con su esplendor.
Por eso van los ecos
Por los espacios huecos
Su nombre proclamando,
Por eso subyugando
Amor vá por dó quiera
Y en la creacion impera
Potente y seductor.

Por eso yo te imploro
Que calmes mi tormento;
Yo misero te adoro
Y arderse mi alma siento.
Permite que en tu frente
Estampe el labio ardiente
El ósculo primero
Que darte loco ansío;
Permite, dueño mio,
Que, ya que de amor muero,
En venturosos lazos
Me muera entre tus brazos
Latiendo, Celia mia,
Mi pecho con trasporte
Henchido de alegría.

Aquí nos cuenta la crónica,
En todo fiel y verídica,
Que Celia entornó sus párpados,
Y que avergonzada y tímida
Bajando la frente pálida
Dejó ver dos perlas líquidas,
Que meciéndose en sus párpados

Surcaron su faz bellísima.
Cortada, confusa, trémula,
Sintió la mano solícita
Del pastor, que arrebatándola,
Hacia sí llevó á la misera,
Y ardiendo en amor volcánico
Sobre su frente purísima
Estampó de fuego un ósculo;
Mientras la noche con callado vuelo
Iba tendiendo su enlutado velo.

III.

Poco despues, en la villa
Donde aquellos habitaban,
Varios pastores hablaban
De esta manera sencilla.
—Dime, Andrés, dime si sabes
Donde está Celia la bella.
Yo no sé que ha sido de ella...
—Calla, Anton, calla; no acabes.
Celia permanece aquí
Aunque ha tiempo no la ves.
—¿Qué me estás diciendo, Andres?
Se halla enferma acaso? —Sí.
—¿Y qué mal con sus rigores
Hoy á la hermosa maltrata?
—Un mal intenso que mata.
—Di cual es. —El mal de amores.
Sabes acaso esa historia?
—Sí. —Cuéntala. —Vá de cuento.
—Ya te escucho. —Óyela atento
Y guárdala en tu memoria.

Era Celia una muchacha
Bella como un serafín;
Nos daba contento el verla
Tan gallarda y tan gentil.
Su dentadura eran perlas
Y su boquita un rubí;
Las rosas de sus mejillas
Envidiaban las de abril.

De alabastro era su frente,
Su garganta de marfil,
Su talle un junco flexible,
Su pecho un blanco jazmin.
Todo el mundo la quería
Y ella gozosa y feliz
Era ornato de la aldea,
Rico adorno del pensil.

La primavera dichosa
De su vida pasó así,
Hasta que encontró á Lisandro
En hora poco feliz.

Él la requiere de amores,
Ella le dijo que sí,
Y ambos á dos se adoraron
Con ardiente frenesí.

Mostróse al pronto el mancebo
Eslavo del mas pueril
Capricho de la doncella;
Mas luego empezó á exigir.

Ella resiste temblando,
Él pide favores mil
Y ambos á dos comenzaron,
A suspirar y á sufrir.
Lisandro tomó lecciones
De cierto mozo sutil
Que tiene el nombre de Ascanio...
Ya le conocemos, sí.

—Pobre Rosa! —Pobre Rosa!
—Hoy sucumbió la infeliz,
Seducida y olvidada,
Por él se llegó á morir.

Lisandro del torpe Ascanio
Siguió el consejo, y al fin
Penetró con Celia un día
En un vedado pensil.

Desde entonces la pastora
Mucho debió de sufrir:
La pobre enfermó de amores,
Perdió su gozo infantil.

A ella y á Rosa mil veces
Con pena vagar las ví,
Mientras los dos seductores
No cesaban de reir.

Pobre Rosa! Pobre Celia!
La una descansa por fin;
La otra sufre resignada
Y está á punto de morir.

Dijo el pastor; los otros conmovidos
Una lágrima triste derramaron,
En tanto que con paso presuroso
Un mancebo, que oculto se encontraba
Y que ausente algun tiempo de la aldea
Llegó allí y escuchó la triste historia,
A la casa de Celia se dirige.

Entra temblando, sube y á la bella
Que fiel le idolatró, no reconoce;
Celia no es ya la misma que era un día;
Pálida, mística, débil, temblorosa
Sucumbe de dolor; la fiebre intensa
La consume y la mata; sus pupilas
Fijas tiene tal vez en un objeto
Que impreso está en su corazón amante;
Objeto que á la tumba llevar quiere
Pues es la imagen del mortal que adora.

De pronto se estremece: abre sus ojos;
Dá un grito; su Lisandro de rodillas
Junto á su lecho la abatida frente
Acaba de inclinar; le reconoce;
—Es él! es él! esclama con locura;
Se incorpora, le toca, se convence;
Lisandro ha vuelto y su perdón demanda;
Lisandro viene á devolverla al mundo;
Todos sus males al momento olvida;
Cual por encanto sus dolencias huyen,
Alza los ojos y contempla el cielo;
Ya no hay nubes en él, todo es bonanza,
Ya no hay cuitas de amor, no hay desconsuelo;
Ya no hay mas que placer y bienandanza.



Sanó por fin la doncella,
Y ante un ministro de Dios
Juráronse amor los dos,
Y hubo una fiesta muy bella.

Reunido todo el lugar
No hubo moza, ni hubo mozo
Que con sencillo alborozo
No se prestase á bailar.

Todos con grandes porfias
Tanta dicha celebraron,
Y la fiesta prolongaron
Tres noches con sus tres dias.

A fuer de honrados y buenos
Aquel ejemplo admiraban,
Y en los corros que formaban
A nadie se echó de menos.

Hasta un mancebo, algo enjuto
De carnes, enfermo, herido
En el corazon, vestido
Se presentó allí de luto.

Todos fijaron en él
La mirada indagadora,
Y una lágrima traidora
Reveló su afán cruel.

Era Ascanio, que ya odiosa
Consideraba su suerte,
Después de causar la muerte
De la infortunada Rosa.

Ascanio que no tenía
Lágrimas ya que verter
Adorando en la mujer
Que para siempre perdía.

Después de las fiestas al templo tornaron
Y el cura en la misa les dió esta lección:
Pastoras, oidla; mirad que os atañe;
Mirad que era un sabio quien dijo el sermón.

Libertinos perjuros,
Ved que es un crimen
Encender en el pecho
De castas vírgenes
La intensa llama,
Que devora y consume
Sus pobres almas.

Muchachas inocentes,
Tened cuidado;
No piseis ciertos sitios
Que están vedados;
Mirad que en ellos
Hay lugares sembrados
De mil tropiezos.

Mirad que las pasiones
Tienen su rienda;
Que no es bueno dejarles
Franca la puerta;
Porque en el pecho
Se introducen robando
Dicha y sosiego.

Para cada Lisandro
Que se arrepiente,
Suele haber como Ascanio
Mil reincidentes;
Que tarde lloran
Los males que causaron
A sus pastoras.

Mirad, en fin, que el alma
Pronto se prende;
Que con fuego no es fácil
Que nadie juegue;
Que son atroces
Los duelos y las penas
Del mal de amores.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

SALONES DE PARIS.

12 de Junio.

París es al mundo lo que Alejandro Dumas á la novela.

Por eso la capital, y el novelista son universalmente conocidos.

Pero no es del novelista de quien vamos á hablar, sino de la capital.

Un escritor muy perezoso ha dicho que París es el corazon de la Europa.

Y ha tenido razon: aquí resuenan los ecos de todas las naciones, aquí se reflejan todos los rayos que lanzan aun los mas apartados, aquí se siente lo que se siente en todo el mundo.

Aquí se hallan mezclados en fantástica confusion hombres de todas clases, de todas razas, de todas religiones: aquí todo se vende y todo se compra: el trabajo camina al lado de la pereza; el vicio y la virtud se presentan á la vista bajo todas sus fases: el lujo va del brazo con la pobreza: el arte y la literatura nos aturde con su potente voz, con su voz que se estiende hasta á los mas lejanos confines: París en una palabra es la enciclopedia de la humanidad.

Los que no creen posible el movimiento continuo están equivocados.

París es una prueba de ello.

Nadie sosiega aquí; las calles están pobladas noche y dia: los coches no descansan: á todas horas pueden buscarse emociones.

Salís de vuestra casa y los innumerables panoramas que se aparecen á vuestros ojos no os dejan lugar de pensar; solo podeis sentir.

Los inmensos escaparates radiantes unos con los millares de joyas y de piedras preciosas que encierran, suntuosos los otros con los riquísimos y elegantes trages y adornos que contienen, os hacen comprender el lujo y desearlo, os engrandecen, os hablan de una vida sembrada de placeres, llena de comodidades, de una vida fantástica como podriais

soñarla en esos momentos de color de rosa tan abundantes en nuestro privilegiado país.

Los cafés que se multiplican con sus grandes espejos, con sus brillantes luces, los paseos, esas entretenidas exposiciones de la belleza, los teatros que os llaman á un tiempo ofreciéndooos cuatro ó cinco horas de emociones diversas, de alegría y dolor, de lágrimas y carcajadas, los cafés cantantes, especies de arlequines donde domina la caricatura, donde todos los géneros se tocan desde el severo y elevado de la tragedia, del poema lírico, hasta el grotesco de la farsa y de la creación popular, donde se han reunido los dos goces de la vida: el de la música que fortalece el alma, el culinario que fortalece el cuerpo; los bailes, los conciertos, los billares, los *restaurants*, los gabinetes donde con un microscopio os facilitan los medios de contar uno á uno los hilos de la finísima batista; por último, todo lo que se encuentra para gozar en este país está dispuesto por el día, por la noche y dura un año y dos y ciento y siempre.

El tiempo se pasa sin que uno se aperciba de que ha pasado.

Por todo esto, el galante director de este periódico dedicado á vosotras, mis bellas y queridas compatriotas, nos dijo no hace mucho:

"París es el espectáculo mas divertido que puede hallarse; id á París, buscadle en todos sus placeres, en todas sus alegrías, en todas sus fiestas y retratad, para que yo les ofrezca á mis lectoras todas las fisonomías, todas las escenas, todos los cuadros que sorprendais."

Cinco dias despues atravesamos una de las *barrière* de esta gran capital, montamos en un fiacre y los hicimos conducir al hôtel del Louvre.

Pedimos á la amistad la llave de esta gran ciudad y la obtuvimos.

Al principio os hemos referido nuestra primera impresion.

Ya es tiempo de empezar á cumplir nuestro deber. Acaba el viajero y empieza el cronista.

Oid.

El Emperador y la Emperatriz están de jornada en Fontainebleau. Con este motivo muchos de los mas aristocráticos salones han cerrado sus puertas. Las elegantes soberanas de estos pequeños oasis, hacen compañía en la residencia real á nuestra bella compatriota la emperatriz de los franceses.

Pero los salones están en este tiempo al aire libre. Los Campos Eliseos, los jardines de las Tullerías y los del Luxemburgo son los mas frecuentados por el lujo, por la elegancia, y por la belleza.

Allí donde las flores y los arbustos exhalan deliciosos aromas, donde millares de luces escondidas entre el ramaje de los árboles vierten tintas fantásticas sobre las dichosas parejas, que cambian dulcísimas frases de amor; allí donde se confunden los ecos de los cantos de los cafés, de las piezas de música que ejecutan en el concierto Musard hábiles profesores, de los rigodones y *lanceros* del jardín Mahille de la Cluserie, de Silas, y de otros mil templos, consagrados á la incansable Terpsícore,

JULIO.

hoy *Rigolboche*; allí es donde debe el cronista buscar los salones, y allí los hemos buscado y los hemos encontrado.

El último domingo paseaba lentamente por una calle de árboles de los Campos Eliseos, una pareja tan enamorada y tan distraída, que ni una ni otro de los que la formaban repararon en un hombre de unos cuarenta años que los seguía sin perderlos de vista.

Los dos primeros hablaban y el segundo los escuchaba con el mayor interés.

Nosotros los seguimos y los escuchamos.

La jóven, de unos diez y ocho años y bella como pocas por el conjunto de sus facciones, amaba al jóven en cuyo brazo se apoyaba. Él la amaba también y su enlace debía verificarse próximamente.

Pero el jóven que gozaba la realidad de un amor purísimo y dichoso, vivía con la esperanza, solo con la esperanza de una posición ventajosa que ofrecer á su amada.

El dinero, ese vil metal como le llaman los poetas cuando carecen de él, era el único obstáculo que se oponía á su boda.

—Si hablase yo á mi padre, decía ella, él nos ayudaría, porque debe quererme mucho y debe ser muy rico.

Su padre, según dijo, había tenido un disgusto con su madre y la abandonó cuando ella aun era niña. Desde entonces solo había sabido de él que vivía; pero ignoraba donde.

Los dos amantes habían caído en un profundo abatimiento despues de haber hablado de su porvenir, y ya empezaba á apoderarse de su alma esa melancolía que limita los horizontes, que oscurece el cielo donde se fijan nuestros ojos, cuando el hombre que los seguía se adelanta, suplicó al jóven que le escuchase dos palabras y le habló en secreto.

Inmediatamente se separaron: el hombre se dirigió hácia la Magdalena y los dos jóvenes continuaron su paseo.

—Espera... espera.... la dijo el jóven.

Nosotros los perdimos de vista y no volvimos á encontrarlos.

Tres dias despues se refería, en un círculo en el que nosotros nos hallábamos, la historia palpitante de unos amores realizados de un modo providencial.

Despues de oírla y por las señas que nos dieron de los protagonistas, comprendimos que la jóven había encontrado á su padre, que era el desconocido que la seguía en los Campos Eliseos, y que queriendo éste enmendar su pasada falta, había logrado un empleo de tres mil francos para el novio de su hija, y se disponía á bendecir su union.

Este suceso, como ya hemos dicho antes providencial, se ha comentado mucho, porque la jóven era muy conocida y estimada por su belleza y sus virtudes; y os lo hemos referido porque sabemos que gozáis con el bien de los afortunados.

Por lo demás, el objeto de todas las conversaciones, el personaje á la moda es Garibaldi. Por todas partes se ven retratos del héroe italiano, y se esperan con avidez sus *Memorias*, que como ya sabreis, ha prometido á la Francia el Tostado de

este pais Alejandro Dumas, á quien podria llamarse muy bien el Tostado por el color moreno de su rostro.

Una de las fiestas mas brillantes de los últimos dias, ha sido la que ha dado en su palacio el banquero Mirés con motivo del enlace de su hija.

Mlle. Mirés se ha unido con el príncipe Polignac.

Este matrimonio ha sido un nuevo lazo entre el dinero y la nobleza.

Por aquí se dice que los novios se aman; lo que nosotros sabemos es que ella es hermosísima; que el dia de su boda vistió con esa elegancia parisien-se un preciosísimo traje y aderezo verdaderamente reales, y que el baile y el buffet dejaron eternos recuerdos en todos los afortunados concurrentes á tan brillante fiesta.

Los teatros empiezan á verse solitarios. En la Gran Opera sigue cantándose *Pierre de Medicis*: el Odeon está cerrado; en el Vaudeville se representa con bastante aceptacion un drama de Dumas *L'envers d'une conspiration*; y en los demás, óperas cómicas, vaudevilles y comedias del repertorio.

El público gusta mas de frecuentar los circos, y el de la Emperatriz y el Imperial están llenos todas las noches.

La compañía de acróbatas norte-americanos hace furor.

Otro dia hablaremos mas detenidamente de todos los espectáculos de París.

Hoy lo que llama la atencion es la próxima exposicion agrícola que va á verificarse dentro de cuatro dias en el palacio de la Industria. Allí dentro de poco se trasladará, aunque momentáneamente, el mundo *fashionable*, y allí iremos nosotros á recoger sus frases, á presenciar sus escenas.

Va á erijirse una estatua á Catinat, el célebre general del siglo XVII, y es Mr. Nieuwerkerke, uno de los mejores escultores, quien la está ejecutando.

Los académicos, conocidos aquí por los *Cuarenta*, van á ser aumentados.

Se ha presentado una mocion para que el número de sillones se aumente hasta sesenta.

Los que no son académicos lo desean; pero protestan los que lo son.

Si en este caso valiera el sufragio público, os daría como cosa hecha el aumento.

Terminamos hoy aquí nuestro primer salon, y lo terminamos prometiéndoo para lo sucesivo teneros al corriente de cuanto ocurra en esta capital.

Os llevaremos á los bailes, á los teatros, á los cafés cantantes, á los salones aristocráticos, á las reuniones *bourgeoises*, os contaremos todas las anécdotas que sepamos; en una palabra, os enviaremos fotografías de París, para que como si fuera nuestra crónica una linterna mágica veais á esta capital por todos sus lados, riendo y llorando, con todo su lujo y toda su miseria.

Si estos bocetos os agradan, se dará por contento vuestro cronista

JULIO.

PANTASIA.

ILUSION DE AMOR

POR

DON SEBASTIAN DE MOBELLAN.

Una noche me sentia fatigado: mi razon parecia estraviada: mi pensamiento estaba fijo en tí.

Un dulce sueño envolvió á poco mis párpados: oscura niebla cubrió mis ojos, como nube que se destaca sobre una estrella en serena y reposada noche: el sueño acababa de devolverme la tranquilidad.

De pronto, un estremecimiento convulsivo, me anunció que mi alma acababa de adivinarte: empezaba á verte.

Y así fué.

Pero no era en un bosque donde te veia, ni dentro de una gruta oculta entre el convólculo y las cánforas, ni en medio de un mar tranquilo y reposado, ni entre los ecos de desatada tempestad.

No; donde mi espíritu acababa de verte, era en un salon, en el cual la poesía brotaba á raudales como la luz que le alumbraba y donde la voluptuosidad sin duda acababa de erijirse un templo.

La estension del recinto era inmensa.

Una alfombra blanca, tan blanca que parecia mármol, cubria el pavimento.

Las paredes estaban vestidas de raso azul y oro: magníficos búcaros de la India ostentaban las mas bellas y olorosas hijas de los trópicos, mas pálidas ó sonrosadas, segun los reflejos que sobre ellas caian de las mil lámparas de alabastro que del techo colgaban, semejantes á manadas de palomas, espantadas del bosque por un rumor.

Multitud de espejos de colosales dimensiones cubrian en casi toda su estension las ricas paredes, reflejando un verdadero laberinto, que se perdía mas allá de donde la vista humana alcanzaba, y á los que dabañ mas poesía, los pequeños losanjes de una trenza de enredaderas que por ellos serpenteaban, entre las cuales pendian las azules y bellas flores de la pasionaria; las blancas y perfumadas de la ipécacuana; la madreselva con su flor blanquecina y amarillenta; y por último, las verdes ramas del vejuco con sus campanillas de oro y plata.

El espacio estaba refrescado por anchas claraboyas que dando á un magnífico jardin, robaban el ambiente á los espacios, que al penetrar por ellos, arrojaba nubes de perfumes, arrancados á las copas ó los cálices de los mangles, los pamporcinos, los jacintos de Persia, los sasafrás, los laureles indios, la gardenia de anchas flores, el liquidámbar y multitud de ellos que fuera prolijo enumerar.

Los ecos de una magnífica música, debilitada por la confusa gritería de la muchedumbre que poblaba el salon, aumentaba la embriagadora poesía de este reducido eden.

El baile, pues, está magnífico.

Pero, ah! imposible disfrutar de él: todos llevan

la cara con antifaz: los trages desfiguran tambien las formas: ¿dónde estará mi amada? ¿bajo qué antifaz cubrirá su angélico rostro? qué trage será el que vela sus figura?

Ah! veamos, veamos, porque mi corazon me predice que ella está aquí.

—Hermosa aldeana, presta oído á mi voz.

—¿De qué sabes que soy hermosa?

—De que mi corazon me lo dicta.

—No basta eso.

—Harto sé que no basta.

—Entonces, por qué me lo dices?

—Porque sé que te agrada.

—Ah no! los sarcasmos no me agradaron jamás.

—Y á qué llamas sarcasmos?

—A que me llames hermosa.

—Cejo en mi propósito: perdóname.

—Cejas?

—Sí: porque estoy convencido que lo eres.

—Pero, sinó me ves el rostro!

—Lo adivino.

—Y qué hallas en él, amable nigromántico?

—La pureza de las vírgenes: el ideal de los encantos.

—Mira no te equivoques.

—Imposible.

—Eres algun hechicero?

—No: porque tú misma eres quien me lo ha revelado todo.

—Yo? estás en tu juicio?

—Nada tendria de extraño que lo empezase á perder.

—Galante es el caballero.

—Y encantadora la dama.

—Te prohibo usar de apóstrofes.

—Ya te he dicho que lo sostengo todo.

—Es decir, que sigues juzgándome hermosa?

—Sí.

—Pues deseo una gracia.

—Habla.

—Que me saques de esta curiosidad, diciéndome en qué lo has conocido.

—Bien; pero con otra condicion.

—Te escucho.

—La de que me hables en tu voz usual.

—Lo haré; habla primero.

—Pues bien, he conocido que eres hermosa en una cosa bien sencilla.

—Dí, dí.

—En que las flores que ostentas en tu seno, se han marchitado.

—Oh!

—Las flores que sirven de adorno á una mujer, no se marchitan nunca mas que de celos y desesperacion. Los celos han acabado con las tuyas.

—Ja, ja, ja!

—Te ries?

—Y cómo no, oyendo tus extrañas consecuencias?

—Bien, bien, bien: pero ahora lo que necesito...

—Te comprendo; oír mi voz ¿no es eso? pues óyela. Si en ella adivinas algo extraño, por Dios te ruego que me lo digas: porque tú me haces feliz.

—Feliz? no lo eres acaso?

—No.

—No?

—Y qué te extraña! ¿No has visto nunca seres desgraciados?

—Sí: pero la felicidad que me rodea, me habia hecho olvidarlos.

—Ah! no has hecho bien.

—Lo sé, y mi arrepentimiento empieza por tí.

—Y yo te lo agradezco en lo profundo de mi alma.

Conozco que mi lenguaje te extraña: pero ¡qué quieres! es preciso en este mundo irse acostumbrando á todo. ¿Qué bien se saca de atormentar á los demás? Ninguno. Pues hé aquí la razon por la cual mis dolores se exhalan solos en el silencio de la noche ó en la soledad de mi habitacion, como los aromas de esas plantas que crecen sobre la cumbre de un monte ó en lo profundo de un desierto.

Las lágrimas no consuelan á nadie, amigo mio, mas que al mismo que las vierte. En la sociedad la compasion es un cálculo, como muchas veces lo es hasta la caridad. De todo se abusa, todo se calcula, en todo se rivaliza.

A veces... hasta del bien se tiene que renegar, segun es la ingratitud con que se nos paga.

Es horrible, verdaderamente horrible lo que aquí sucede.

Apenas un mortal que antes nos alargaba su mano, y nos estrechaba en sus brazos, pasa como la sombra de Hécuba por nuestro lado y ni una leve insinuacion nos hace; es ya preciso esclamar:

“¿Qué favor le habré hecho á ese hombre?”

¡A tan horrible grado de postracion y desaliento hemos llegado!

La fé! la esperanza! la fidelidad! nada existe.

En este pandemonium humano, nadie llora, nadie gime, nadie recuerda su pasado, nadie se para en su presente, nadie concibe su porvenir.

El amante codea, empuja, aprisiona y atropella al anciano esposo, que ignorante de que aquel hombre que de pasar acaba, lleva colgada su deshonra del brazo, parece absorto en los recuerdos de sus finados dias, que acaso, acaso estarán cruzando por su imaginacion confusos unos, desconocidos otros, misteriosos los demás, como cruzan por su vista torbellinos de enmascarados seres, á quienes gusta contemplar; pero no ansia reconocer.

Todo es miseria, veleidad, mentira.

Has hecho mal, muy mal en entrar aquí!

El corazon que conserva puras las fragantes ilusiones de su infancia, no debe inficionarse jamás en esta atmósfera de emponzoñados miasmas, por mas que esas flores mientan la pureza del paraíso.

Por donde quiera que vayas, por donde quiera penetres, la mas espantosa realidad te sorprenderá al fin del florido suelo porque has atravesado, porque nunca las desgracias han de aparecer, sino en el momento de haber hecho apurar al espíritu el cáliz de la felicidad.

La sociedad es el dios Jano, que hasía ó enloquece, segun el lado por el que se le mire.

Pronto tendrás pruebas de ello.

Ves esa mujer?

—Sí.

—Lleva el traje de una virgen de la antigüedad, no es cierto?

—Lo es.

—Pues ahora contemplarás su rostro. Va á quitarse el antifaz: ahí la tienes.

—Jesus me asista!

—Qué te ha pasado?

—Es una mujer digna del traje que viste! Qué hermosa es! qué hermosa!

—Contéplala bien antes que se cubra. Tiene treinta y dos años: el color de su pelo es el de la hoja de un árbol al principiar el otoño: sus ojos son grandes, garzos, rasgados y sombríos: una ligera gasa los vela siempre, impidiéndoles reflejarse con mas pura suavidad: su boca es fresca como una manzana en sazón; pero su labio inferior dominando al superior y levemente caído como un coral mal engarzado, revela dotes de maligna procedencia: su color es caído, pálido, delicado como el de una azucena antes de aparecer el sol: una auréola de pudor, tristeza, sentimiento ó impasibilidad, que todo se adivina, vela su conjunto: la mujer es por lo visto digna del traje virginal que ostenta.

—Es verdad, es verdad: esa criatura es una virgen errante por la tierra.

—Puede ser!

—Lo dudas acaso?

—Nada te digo: quiero que por tus propios ojos te convenzas. Siéntate á su lado y háblala un momento. Te espero aquí.

—Ah! casi no me atrevo.

—Por qué?

—Me has dicho tales cosas... que casi estoy por dudar hasta de mí mismo.

—Harás muy mal. ¿De qué te sirve entonces la experiencia y sobre todo la fortaleza de tu corazón? ¿Temes, acaso, las seducciones de una mujer? Ah! menos valen todas ellas que el grano de arena que arroja el huracán sobre los desiertos páramos de Babilonia, ó la gota de agua que el pico de una gaviota vierte sobre las embravecidas olas del Océano.

Teme á una mujer y estás perdido.

Como leon moribundo y hambriento que ve jugar con su melena á un ruin insecto y en un instante lo aplasta bajo el peso de su planta; así la mujer con el hombre cuando en un supremo esfuerzo de debilidad conoce sus ventajas y aplasta con todo el vigor de la cobardía ó la desesperación, al que tiene la desgracia de ponerse cerca de su alcance. Dios la impuso su deber al arrojarla del paraíso:

"Y estarás bajo la potestad de tu marido y él tendrá dominio sobre tí."

Pero ella, conociendo todo el mal que puede hacer fuera de esta potestad, la dá al olvido, con objeto de cubrir siempre sus maldades con el manto de la ignorancia.

¡Una serpiente habia de ser la encargada de engañar á la mujer!

Horrible ejemplo que la mujer aprovechó desde entonces con creces!

Pero la joven te espera: vé y búscame cuando te canse.

Aunque antes de hablarla, procura escuchar cuantas palabras pronuncian sus virginales labios.

—Ah! quieros abandonarme!

—No: me he propuesto ser tu mentor esta noche: tú me conocerás

—Me lo juras?

—Mi palabra basta: es la mejor garantía de mi veracidad.

—Me has hechizado, mujer encantadora.

—No lo creas: todo es una fascinación que se alejará de tu mente al primer soplo de una realidad.

—Oh! imposible, imposible.

—No te forjes ilusiones: gotas son de rocío que fecundizan nuestra existencia, es verdad: pero que apenas los ardientes rayos del sol se posan sobre ellas, cuando desaparecen consumidas por su depresiva fuerza: créelo, no son buenas las esperanzas si no hasta después de haber sentido los desencuentros.

—¿Qué lenguaje es este que jamás ha resonado tan profundamente en lo íntimo de mi corazón!

—El que inspira la virtud y el conocimiento de la humanidad.

—Oh! vas á enloquecerme.

—Y á separarme de tí, si tú no lo haces. Ves? un joven acaba de ocupar el vacío asiento al lado de esa mujer; ve, ve cuanto antes y ven luego á decirme que tal te ha parecido la virgen desterrada.

—Estás obedecida.

Pocos momentos después, yo me hallaba detrás de los jóvenes amantes.

—Oh! cuánto has tardado! le decia ella dejando caer su mano entre las del candoroso joven que las estrechó con delirante efusión.

—Tanto ansiabas verme?

—Puedes dudarle acaso? ¿O ignoras que te amo con toda la violencia de un primer amor?

—No has amado jamás?

—Sí, una sola vez.

La frente del joven se cubrió de un vivísimo carmin.

Sus labios se agitaron convulsivamente.

La mano de la joven quedó abandonada.

—Qué tienes? qué te pasa?

—Una vez! yo creí que era el primer hombre que recibía de tus labios los juramentos de tu amor!

—Y has podido dudarle?

—Qué dices? luego ese primer amor...

—Aun existe: eres tú.

—Ah! Dios bendiga tu boca.

—Habías dudado?

—Sí.

—Me has ofendido.

—Ofensa hija del sentimiento: eco de la pasión que me inspiras, y que tú perdonas.

—Con todas las veras de mi corazón.

—Ah! gracias, gracias. Con nada podrás pagarme la ciega idolatría que siento por tí. ¿Y cómo no sentirla? cuando tu fascinadora hermosura sobrepaja en todo á cuanto hermoso existe en la tierra. ¿Recuerdas el primer día que nos vimos? Ves-

TEATRO PRINCIPAL.

tias de negro, completamente de negro. La palidez de tu semblante brillaba con esa melancólica suavidad de la alborada en una mañana de primavera: una sola flor medio perdida entre los blondos rizos de tus cabellos, te prestaba suave y delicado aroma, en pago de la belleza que de tu hermosa mirada recibía; fascinadora estabas como una creación, y tierna y voluptuosa como la mágica esperanza de un sueño.

Temblando de admiración me senté á tu lado. Tus miradas se confundieron con las mias, mientras tu vago aliento llegando hasta mí como el suave aroma de una flor, estremecía mi alma de gozo y felicidad.

Pocos momentos pasé en esta sublime embriaguez.

Tu mano, deslizándose por entre los sedosos rizos arrancó aquella flor, que puso en las mias y que pronto perdió su hechicera lozanía.

Yo, sin embargo, marchita y todo, la puse sobre mi corazón, para que ya que vivir no pudiera, sintiese al menos los latidos del que en embriagador delirio, tan solo latía por tí.

Así se deslizaron nuestros días sin que nunca la noche envolviese en su manto los suspiros de un dolor, ni la alborada sorprendiese en nuestros ojos las lágrimas de un desengaño.

Y así te hallo hoy pura, casta, hechicera, constante en tu pasión, dichosa en mi ventura y digna del inmenso amor que arde en mi pecho.

—Sí, sí, te he amado, te amo y te amaré mientras quede en mi corazón un átomo de vida: nadie antes que tú: nadie después de tí.

En este momento, una mujer con ancho manto y negro antifaz, se detuvo ante ellos.

—Eres un insensato; joven, eres un insensato.

Nunca labios de mujer mintieron con mas impudente desprecio que los de esta criatura que te está jurando amor.

El joven se quedó asombrado.

—Hace dos años, vió á un joven como tú, continuó la del negro antifaz, á quien enloqueció con sus protestas de amor.

Entonces no mentía, ni tampoco lo burlaba. Su alma, pues, evaporada como una nube, fué á confundirse con la sencilla alma de aquel hombre, formando así un lazo de santidad que Dios no podía menos de santificar desde el cielo. El amor se convirtió en adoración por él: por ella en idolatría. Era el delirio de dos ciegos que por vez primera abrian los ojos á la luz del sol.

—Dios mío! murmuró el joven ¿qué daño te he hecho para que así me destruyas el corazón?

—Ninguno, respondió la del negro antifaz; por el contrario: quiero hacerte un gran bien á trueque de un corto dolor. Esta mujer es indigna de tí: oye su historia.

Y la inexorable criatura, continuó de este modo.

—Un día, la pasión de los amantes había llegado á su colmo.

Era la vez primera que se hallaban solos.

(Se continuará.)

Algunas funciones nuevas ha puesto en escena la compañía dramática de este teatro, compañía que espera de un momento á otro, según noticias, el completo de sus artistas. Mientras estos llegan hacen sus posibles esfuerzos para seguir la marcha del trabajo, y acaba de darnos varias comedias no conocidas antes aquí. Digamos algo de ellas, principiando por *El Rey de Bastos* para no alterar el orden de prioridad en su ejecución.

¡*El Rey de Bastos*! Raro título por cierto; pero no es eso lo peor, sino que nada tiene que ver con el argumento.

Esto nos recuerda lo que decía Fígaro de la pieza *Las Fronteras de Saboya* cuando exclamaba: "Vamos á ver: ¿qué han hecho *Las Fronteras de Saboya*? ¿Qué pasión dramática las acucia, ó á qué exceso reprehensible se han propasado? ¿Qué lección útil de moral van á sacar las demás fronteras de los otros países del chasco que sus vicios ó sus ridiculeces han acarreado á las de Saboya?"

Eso mismo decimos nosotros de *El Rey de Bastos*. ¿Qué vicisitudes experimenta allí ese desgraciado naipe que puedan servir de lección moral ó de provechoso escarmiento á las demás cartas de la baraja? Eso es de lo que van á juzgar nuestros lectores por la reseña de la obra.

Supónese que existe en Madrid, ó mejor dicho, en la comedia, una joven bella, de talento, de virtud; uno de esos fénix tan abundantes en los teatros y que en la sociedad real no se encuentran por un ojo de la cara. Es de creer que los novios andarían muy escasos en aquella ocasión y en aquellas tierras cuando la tal dama no hallando en la península uno bueno tiene que encargarlo del lado de allá del Atlántico, y se casa por poderes con un caballero de la Habana, á quien jamás ha visto. Antes de reunirse con él recibe la noticia de su muerte, saltando de un brinco desde soltera á viuda, y dejando entre paréntesis el matrimonio.

Pasado el luto comienzan á acudir pretendientes; pero qué pretendientes! un coronel viejo, mal encarado y áspero como un erizo, y un pollo ético y tonto. Fácil era el conservar la fidelidad al difunto entre aquellos dos tipos.

Así las cosas, preséntase en la casa un caballero que llega via recta de Cuba con encargo de traer á la viuda un regalo del muerto, cuyo amigo fué. El tal caballero asusta de puro feo, y además no peca de cortedad de genio, puesto que desde aquella primera visita se convidó á sí propio á almorzar. Sin embargo, es hombre de talento y de buen trato, lo cual hace que la dama olvide su fealdad á términos que á las pocas palabras ya lo halla hasta aceptable; pero es casado según confiesa; es decir, que vuelve á ser feo.

¿Mas quién tiene la culpa de su fealdad? El fatal Rey de Bastos. Este le hizo ganar en el juego un caballo que le aplastó las narices de una caída, y este mismo le hizo designar por suerte para que fuese á asistir á un amigo enfermo de viruelas, mal

que adquirió y que lo puso monstruoso. En gracia de tales acaecimientos hizo el tal grabar en su petaca un Rey de Bastos. Despidámonos ya de él, porque no vuelve á hablarse de semejante naípe en la comedia.

A pesar de que el americano ya hemos dicho que es feo y casado, lo cual para una dama en aptitud de matrimonio debiera equivaler á dos veces feo, ello es que la viuda llega á enamorarse de aquel espantajo, dando lugar á celosos arranques de ambos pretendientes y á declaraciones esplicitas; siendo de notar la del pollo, que alumbrado por algunas copas y un cigarro puro, acaba por bambolearse y caer en el mas completo estado de borrachera; escena de muy buen efecto y de muy buen gusto, según fácilmente se colije.

Por fin, despues de algunos lances nada ingeniosos por cierto, el americano, viendo la leve madura, declara que él es el marido y que no se ha muerto, explicando aquella farsa por el temor de que su esposa hallase intragable su cara, arrojada así de buenas á primeras.

Ni el pensamiento ni la traza de esta comedia tienen nada de originales. Respecto á lo primero, ahí está *El hombre mas feo de Francia*, en la cual el duque de Roquelaure, cuya cara ha llegado á ser histórica por lo fea, conquista, merced á su talento y corazon, el amor de una de las mas hermosas é ilustres damas de la corte de Luis XIV; y respecto á lo segundo, tenemos ahí varias de las comedias de la primera época de Breton, en las cuales nos ha pintado con su maestro pincel diversos tipos de pretendientes á una misma dama, tipos cómicos todos, y que si en la esencia pueden notarse de exajerados algunos de ellos, hacen no obstante su efecto por la destreza con que él los sabe colocar y por la inimitable gracia y facilidad de su diálogo.

El Sr. Escriche, que creemos sea el autor bajo la fé del cartel, no ha sido, por tanto, en esta obra lo que fué en *El Cura de aldea*, y lo que otro dia manifestaremos lo que ha sido en *El Movimiento continuo*, donde se encuentran graciosísimas descripciones y excelentes plumadas, si bien á vueltas de otros defectos cardinales, que esperamos corrija con mayor práctica y mejor estudio.

En la obra de que nos ocupamos falta el interés, porque desde que se presenta en la escena el señor feo, no hay nadie que no adivine que es el fingido difunto, gracias á ciertos apartes que pudieran muy bien suprimirse; y una vez sabido esto, ya todo queda reducido á ver pasar y repasar aquellas extravagantes figuras, cuyo juego nada nos importa, porque ellas son tales, que no tememos ni por un momento que lleguen á interesar el corazon de mujer alguna. No hay pues lucha, no hay afectos, no hay nada.

Esta es una gran fortuna para el marido, porque si se hubiese presentado á la supuesta viuda un pretendiente de algun valer, y si esta bajo la fé de su viudez hubiese llegado á darle su corazon, ¿qué habria hecho entonces el esposo? Sufrir la pena de su imprudencia; pena que le estaria muy bien em-

pleada por el raro capricho de hacerse el muerto.

Mucho se habla allí de su talento y de su sagacidad; pero ciertamente no se encuentran en esto semejantes dotes.

Aunque papeles de la naturaleza de este no sean de aquellos en los que el Sr. Capo está como el pez en el agua, sin embargo, lo desempeñó como excelente actor que es. Los demás le ayudaron con fé, y la produccion, á pesar de sus graves faltas, no pasó sin algun aplauso; que es á todo lo que pudiera aspirarse en vista de lo que acerca de ella llevamos dicho.

El hablar de las comedias *El Movimiento continuo*, y *La luna de hiel*, representadas tambien estos dias, exigiria mas espacio del que ya nos es dado consagrar hoy á esta revista.

Quede por tanto para otro dia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Dos palabras sobre las fiestas de San Juan.

Este santo tiene la virtud de dejar á Cádiz desierto no bien asoman sus dias por el almanaque. Es natural: hay toros en el Puerto y en Jerez: el motivo no puede ser mas plausible.

Las corridas parece que este año han sido brillantes. Los bichos han hecho carne larga. Treinta y siete caballos muertos solo en la primera de estas plazas, tres hombres heridos: ya esto es algo; ya dice algo; ya merece la pena. El espectáculo debió en efecto ser delicioso... casi tanto como lo es el del cólera morbo. La destruccion es sin duda un gran goce para el hombre, sobre todo cuando está civilizado, como nosotros lo estamos á Dios gracias.

Por eso Roma no alzó sus circos ni se recreó con las luchas de sus gladiadores hasta que pulida y desbastada llegó á ser imperio.

¡Cuántos corazones habrán latido de entusiasmo en esas plazas del Puerto y de Jerez, viendo rodar por el polvo hombres y caballos al impulso del asta sangrienta de la acosada fiera! ¡Cuántos valientes desde lo mas alto de las gradas habrán tachado á gritos de cobarde al picador que no quiso por complacerlos arrostrar una muerte casi segura! ¡Cuántos goces no habrá producido en los aficionados la deliciosa vista de tantos intestinos esparcidos por aquella noble arena, de tanta sangre como habrá brotado de las heridas de los moribundos caballos! ¡Qué palabras se habrán oído allí impregnadas aun en los efluvios aromáticos del aguardiente de Mallorca!

Oh desventurado marqués de Niza, tú de seguro no has visto los toros del Puerto. Tú no puedes comprendernos. Solo pudieran hacerlo dignamente los que ha un mes en Inglaterra han promovido y patrocinado esa gigantesca lucha de hombres, que á puñetazo limpio se han saltado los ojos y se han roto los huesos de sus ilustres cuerpos. Su fama acaba de llenar los ámbitos de ambos mundos, porque se han pegado muy fuer-

te, y el pegar fuerte es cosa que en todos tiempos ha valido mucho, y que hoy vale por lo menos tanto como en otro tiempo cualquiera.

Esos, lo repetimos, son los que pueden comprender y apreciar todo lo que hay de atractivo y embelesador en una cornada que haga sangre, porque comprenden y aprecian todo el placer y el goce íntimo que produce en los espectadores un puñetazo que aplasta unas narices ó hunde una costilla.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

A despecho del tiempo, que sigue incierto y lluvioso, la moda se dispone á correr los campos para seguir á nuestras bellas parisienses, de las cuales un gran número ha tomado ya vuelo. Esto es de buen género y casi de rigor. Es menester tener su casita de campo, su rincón de tierra al aire libre, su nido de verano, en donde descansar de los bulliciosos placeres del invierno, so pena de no hacer parte de eso que se llama *gentes de mundo*. Sucede con esto como con las suarés de baile: ¿cuál es el mortal tan abandonado de los hombres y de los violines que no tenga sus días de recepción? Solo se tiene un *Salon* de doce piés cuadrados, lo cual no impide el que se convida á cien personas. El piano se coloca en un cuarto inmediato, los muebles se remplazan por banquetas, los que bailan se embuten donde y como pueden; se empujan, se ahogan: esto prueba que hay gentío; algunas bujías, un poco de agua caliente, una tintura de cualquier sirop, y hemos salido del paso; y luego se dice con el aire de la mas heroica satisfacción: "he dado bailes este invierno." Conviene no se omita el arrojar al mismo tiempo el nombre de algunos de los personajes que figuraban en tales fiestas, sobre todo si son títulos. A favor de este sencillísimo medio, ya tiene uno *posición* en la sociedad.

Los equipos de señoras se han resentido del mal tiempo, y ha sido forzoso abandonar las telas ligeras para volver á tomar otras de mas cuerpo. Así los tafetanes lisos y de capricho son los que en este momento se llevan mas. Cuando el calor vuelva se volverá á los bareges y á los organdis.

Las cintas desempeñan hoy un importante papel. En los sombreros juegan entre las flores; en los trages componen guarniciones encantadoras, ya bajo la forma de plegados, ya bajo la de lazos. Se hacen tambien de ellas cinturones *Duquesa*. Nada es mas elegante y mas aristocrático.

Todos los corpiños de trages de ciudad permanecen montantes: pero para los nocturnos deben ser escotados.

Los pequeños volantes están mas de moda que nunca. Se los coloca hasta la rodilla, ó de alto á bajo de la enagua, segun se quiere. Vienen en seguida las guarniciones de capricho, las cuales se

someten á la clase de tela y á la edad de la persona, porque una soltera no lleva lo que una casada.

Muchos corpiños se hacen de cinturon, lo cual no disminuye el favor de que gozan los corpiños en punta. Conviene variar para satisfacer el gusto de cada cual.

En cuanto á los modelos de mangas, son de mucha variedad. En este momento las mangas anchas se prefieren. La estacion lo exige.

Sobre los trages de barege de corpiño montante se colocan fichús iguales y cruzados, á semejanza de los que se llevan con los corpiños escotados.

Los sombreros se componen siempre de elementos muy variados. El terciopelo, la seda, la blonda, el encaje, se ligan constantemente. Tambien se continúan mezclando los colores: así unos tienen el ala verde y lo demás blanco, ó al contrario.

El bavolet es alto, y plegado con gruesos pliegues huecos.

Las alas avanzan sobre la frente, pero sin formar punta.

Los sombreros de vestir se hacen de crespón; los de medio equipo se usan de paja ó crin.

Los sombreros bordados de pajitas no tienen éxito, porque no se les ve en ninguna dama de distinción.

Ved aquí, en cuanto á sombreros de crespón, los colores que se llevan con preferencia: rosa *Solferino*, verde *Isly*, blanco, grosella, azul de China y malva. Lo repito, el sombrero puede ser enteramente blanco; pero si se toma uno de los colores espresados, se hará el ala y el bavolet de un color y la copa de otro.

Los cabos deben ser estremadamente anchos y largos.

Voy á citar algunos modelos de la casa Leroy-Mariton.

Sombrero de crespón blanco. El ala y el bavolet de crespón rosa *Solferino*. Una bella blonda juega en los adornos. A la izquierda ramo de lilas blancas y una gruesa rosa sin follaje. En el interior del ala, á un lado, lilas y capullos de rosa.

Cabos rosa muy anchos.

Otro modelo. Sombrero de tul-blonda blanca mosqueada. Por adorno, violetas de Parma.

Sombrero de crin gris perla. A la izquierda flores de los campos, con intervalos de encaje negro. En el interior bandó de las mismas flores.

Un sombrero de paja blanca tenia por adorno una simple mazorca de yerbas, en medio de la cual se ostentaba una brillante mariposa. Este capricho es nuevo; pero él quizá nos valdrá un epigrama. La mariposa es ligera, y sin embargo, ¿no hay quien se ha atrevido á decir que las mujeres lo éramos todavía mas?

Existe en efecto un epigrama latino, que traducido dice así:

"¿Qué cosa hay mas ligera que la pluma?—El polvo.—¿Que mas ligera que el polvo?—El viento.—¿Qué mas que el viento?—La mujer.—¿Qué mas que la mujer?—Nada."

Esto no es muy galante, pero esto está escrito.

Hablemos algo de las flores, que se hallan ahora en los mejores días de su reinado.

Las flores de los campos estarán según se dice, muy en favor para los bailes de verano.

Para las jóvenes solteras nada más lindo que un tocado de rosas, de acianos, ó un doble cordón de margaritas.

Las confecciones se hacen todas de tafetan negro: las hay que semejan á los paletots; muchas veces se hacen de doble pelerina. Estos modelos no excluyen las manteletas adornadas de un alto volante de tafetan ó de dos volantes de encaje. Jamás ha habido más libertad en el imperio de la moda: ella todo lo tolera, y con tal de que un capricho sea lindo no hay nada que se oponga á su adopción.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de glasé verde rayado con siete volantes en la enagua: monillo liso formando cotilla por delante, adornado con dos pequeños volantes en forma de berta: manga corta á buches. Adorno de cabeza, flores rosa y canelones de tul, blondas y cinta rosa.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gasa iris malva: en la enagua nueve buches colocados uno sobre otro hasta la rodilla: monillo redondo: berta formada por dos buches: mangas anchas con el mismo adorno de la enagua: manguitos y camisolín de tul con una puntilla de encaje por la que se pasará una cinta muy estrecha de terciopelo negro: nudo duquesa á la izquierda. Guante blanco abotonado. Brazaletes y alfiler ricos, y aguja de dalias blancas en el cabello hacia la izquierda.

TERCER FIGURIN.

Vestido de muaré blanco con tres volantes en la enagua bordada de punto inglés y tres rizados de glasé picados: monillo abierto con el mismo rizado de la enagua: camisolín de tul y blondas: cinturón duquesa, con un ramo de azahar: mangas anchas con dos buches arriba y el mismo adorno del monillo: velo de blondas liso. A la cabeza corona de flores de azahar. Guante blanco.

CUARTO FIGURIN.

Vestido de muselina blanca guarnecido de siete volantes á lo *Pompadour*: monillo de cotilla: camisolín y cuello de tul y blondas: mangas anchas adornadas por arriba con dos buches: velo de tul liso: corona de flores de azahar: guante blanco.

SUMARIO.—UN NIDO DE PALOMAS, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, *conclusion*.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—UN VIAJE REDONDO, por D. Baldomero Menéndez.—REVISTA DE LA HABANA, por D. Julio Rosas.—LA CITA, por D. José Selgas.—A GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA, por D^a Luisa Pérez de Zambrana.—A CUBA, por la misma poetisa.—EL MAL DE AMORES, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—SALONES DE PARÍS, por Julio.—FANTASÍA. ILUSION DE AMOR, por D. Sebastián de Mobellan.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—DOS PALABRAS SOBRE LAS FIESTAS DE S. JUAN, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARÍS, por Mme. Juliette Lormeau.—EXPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Figurín de trajes para Señora.—Dibujo de tapicería en colores.—Idem de crochet.—Hoja doble de patrones para bordados.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Todo no es igual sobre la tierra.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.





LA MODA
Cadiz

1860.



Ayuntamiento de Madrid

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, CRÍTICA, COSTUMBRES Y MODAS.



Añ

Este p
mingos.
reparten

SUMARI
Flores
por D
LA SO
MAR,
GERO

El M

Una co
responsa
to que se
de las ob
se escribe
le esté ve

Esto es
Sr. Capo,
puede sin
produccio
mea: dese
no es culp
obras mae
nada mas

Decimo
cuyos títu
Ambas en
proponem

El Mov
bien del Sr
y en lo ma
con las que
desigualdad
originalidad
en la versio
las descripo
cidos aquí
enlace escé
á establecer

El protag
un joven qu
todo, á fuer
das las carro
concluye por